

Conflicto político (OCW) - Tema 6

Organizacion: Las estructuras organizativas

Igor Ahedo Gurrutxaga

Departamento de Ciencia Política y de la Administración

Universidad del País Vasco / Euskal Herriko Unibertsitatea

Estructuras organizativas

De la centralidad a los márgenes, de los márgenes a la centralidad: La izquierda abertzale a ambos lados de la frontera

Dos orígenes y evoluciones que explican modelos organizativos divergentes

La estructura organizativa de la Izquierda Abertzale del Sur: del ciclo de protesta al abandono de la violencia.

De los márgenes a la centralidad

De la centralidad a los márgenes

La estructura organizativa de la Izquierda Abertzale del norte: de los márgenes a la centralidad

¿Nuevas estructuras organizativas glocalizadas?

Un hinterland entre Iparralde y Hegoalde; entre lo local y lo global

¿Hacia una nueva organización glocal en red?

La emergencia del ágora mundial.

La potencia de la red

El ágora deliberativa

Un campo magnético

¿La organización glocal?

Reformulando el comienzo

Introducción

Otra de las perspectivas desde las que debemos estudiar la acción colectiva es la de las *estructuras de movilización*. Según McAdam, McCarthy & Zald (1999: 24) las estructuras de movilización son “*canales colectivos tanto formales como informales, a través de los cuales la gente puede movilizarse e implicarse en la acción colectiva*”. Para Tarrow (1997) el estudio de las estructuras de movilización viene a responder a la pregunta de cómo se mantiene la acción colectiva una vez que aparecen las oportunidades. Sin embargo, antes de ver cuáles son las opciones más acertadas, el autor distingue tres aspectos diferentes de la dimensión organizativa que son claves para nuestro estudio:

- la organización formal, lo que Zald y McCarthy (1987: 20) denominan *organizaciones del movimiento social*; se define como “*una organización compleja, o formal, que identifica sus objetivos con las preferencias de un movimiento o un contramovimiento social e intenta materializar este objetivo*”. Como apunta Kriesi (1999) el conjunto de organizaciones de un movimiento social constituye su infraestructura.
- la *organización de la acción colectiva* que hace referencia a la forma en que se desarrollan las interacciones con los antagonistas; se trata de la forma de organización de la acción colectiva, que va desde agrupaciones temporales de personas insatisfechas, hasta estructuras más institucionalizadas y coordinadas.
- y las *estructuras conectivas* de movilización, que vinculan a los líderes con la periferia del movimiento, permitiendo la coordinación del movimiento y que éste perdure en el tiempo.

Deteniéndonos en la primera de las perspectivas, la citada heterogeneidad de los movimientos sociales permite diferenciarlos en varias tipologías, muchas de las cuales, en última instancia, remiten a los rasgos más significativos de cada uno de los tres tipos de actores colectivos (movimientos sociales, partidos y grupos de interés/presión). Desde un punto de vista restrictivo, este autor define dos componentes de todo movimiento social: redes de grupos y organizaciones dispuestas a movilizar la acción de protesta para promover (u oponerse) al cambio (que resulta ser el fin último perseguido por los movimientos); e individuos que participan en actividades de protesta o contribuyen a su realización aportando recursos, sin pertenecer necesariamente, a grupos u organizaciones de estos movimientos (Rutch, 1999: 264). Por ejemplo, el segundo de los casos se manifiesta de forma evidente en la activación del movimiento que reivindica un departamento vasco gracias al papel desarrollado por un actor individual, Mitchell Inchauspé (diputado del RPR), cuya actividad al margen de la del resto de organizaciones departamentalistas (pro-departamento) genera un contexto de oportunidad que alimenta las posibilidades para la acción del resto de colectivos. En este sentido, en su papel “*madrugador*”, Inchauspé, o más recientemente Hessel (en relación con el movimiento de los indignados, o incluso Bouazizi en la primavera árabe) va más allá de los límites de una acción personal, por lo que su importancia debe ser considerada en la posterior vertebración de los movimientos sociales.

De forma similar a la definición de Rutch, Kriesi (1999) considera que los movimientos sociales organizados (MSO) se diferencian de otras organizaciones formales porque movilizan a sus miembros encaminándolos a la acción colectiva, y lo hacen porque persiguen un objetivo político, alguna forma de bien común. Como señala este autor, el conjunto de MSOs de un movimiento social (MS) concreto conforman su infraestructura (IMS). Así las cosas, como veremos, un movimiento social como el nacionalismo vasco radical está conformado por decenas de movimientos sociales organizados que podemos vincularlos en una infraestructura identificada comúnmente como Movimiento de Liberación Nacional Vasco. De la misma forma, el movimiento social altermundialista se nutre de centenares, sino miles de movimientos sociales organizados, que conforman una potente infraestructura claramente visible en los Foros Sociales Mundiales.

Más concretamente, Rutch (1999) considera que si tenemos en cuenta en un movimiento social es posible que su infraestructura esté nutrida no solo por movimientos sociales organizados, sino también por partidos e incluso grupos de interés, ello tiene consecuencias empíricas que permite diferenciar tres tipos básicos de estructuras organizativas del movimiento: 1) el modelo de bases, que se caracteriza por una estructura relativamente laxa, informal y descentralizada, basado en la protesta radical, sin estar sujeto a reglas claras y muy dependiente del compromiso de sus partidarios; 2) el modelo de grupo de interés, caracterizado por la importancia que se le concede a la influencia en el mundo político y su dependencia de la organización formal; y 3) el modelo de partido, caracterizado por su espacial interés en el proceso electoral, por los partidos y por su organización formal. Esta lógica trídica, apunta Rutch, tiene consecuencias; dependiendo del carácter del movimiento se procesarán de una forma u otra las oportunidades del contexto estructural y se definirán las estrategias. En paralelo, el modelo del movimiento, así como las estrategias que esta tipología condiciona se ven reflejadas en claras diferencias en los repertorios de protesta. Todo ello, en consecuencia, determina los resultados del movimiento.

Desde otra perspectiva, Tarrow es claro al señalar que no existe un único modelo de organización del movimiento. Tras repasar las limitaciones de las organizaciones obreras clásicas (cuya articulación en forma de partidos y sindicatos fue una solución, aunque en el largo plazo dejó a las masas desprevenidas cuando la crisis se abatió sobre ellas) destaca que lo que subyace al éxito de ciertos movimientos es “la movilización (y creación, añadimos nosotros) de *“solidaridades preexistentes a través de redes de movimientos autónomos que estimulan la participación de un público más amplio en la acción colectiva”* (1997:259).

En su proceso de vertebración, este autor apunta cómo los movimientos sociales tienen gran capacidad para nutrirse de estructuras de movilización que no han nacido para impulsar la acción colectiva. Efectivamente, como veremos más adelante, uno de los mecanismos de la contienda que describe este autor, junto a McArthy y McAdam, es el de la *apropiación social*, claramente visible en la década de los 80 en Euskadi en la alineación que la izquierda abertzale logra entre sus objetivos y la actividad expresiva del Rock Radical Vasco, permitiendo la

socialización de amplios sectores de la juventud vasca en las estrategias del movimiento independentista.

Esta cuestión, pero analizada desde un plano menos informal, remite a la importancia que este autor otorga a las *instituciones huésped* de los movimientos (que, como es obvio, variarán en función de la tipología ante la que nos encontremos, definida en los términos de Rutch). Este tipo de organizaciones amplifican las oportunidades para la movilización y la comunicación de los movimientos sociales. Una importancia de las instituciones huésped, por ejemplo, que se hizo evidente durante el último periodo franquista, en el que las asociaciones de vecinos y vecinas se valieron ampliamente del paraguas que les aportó la Iglesia católica en algunos barrios, como veremos ejemplificado en Rekalde en el proyecto de investigación.

En otro plano, Tarrow analiza la importancia que para los movimientos juega la dimensión democrática interna, cuestión esta, nuevamente, que debemos vincular al modelo de movimiento (de base, de grupo de interés o de partido). Precisamente, las diferentes implicaciones organizativas que presentan estas tipologías de movimientos hacen comprensible que, como veremos a continuación, para este autor sea capital que los movimientos sociales logren un equilibrio entre la espontaneidad y la autonomía por una parte, y una organización vertebrada y funcional, por otra.

Así las cosas, considera que la fuerza de los movimientos basados en comunidades (lo que remite claramente a un modelo de Base) es que implica a la gente en la toma democrática de decisiones en la base. En este sentido, la creación de espacios libres deliberativos (que difícilmente estaría “presente” entre las estrategias de los modelos de interés y de partido de Rutch), a la par de profundizar en la cohesión interna permitiendo la emergencia de una identidad compartida, permite un contacto directo que facilita la concienciación o politización de nuevos actores. El problema, añade, es la dificultad de mantener esos espacios libres en “plazas permanentes”. En este sentido, la estrategia del 15-m muestra la importancia de la primera de las cuestiones, concretada en la potencialidad socializadora y concienciadora de las acampadas; de igual forma, la decisión de trasladarse a los barrios pretendería solventar el problema que apunta Tarrow, intentando el movimiento, de esta forma, lograr una mínima formalización en los barrios del espíritu espontáneo de las plazas. De forma más acabada, esta cuestión se visibilizará en el proyecto de investigación, cuando analicemos el desarrollo del centro social okupado Kukutza III, que logra mantener durante 13 años consecutivos esa “plaza fuerte” para el contacto directo, explicando así la capacidad de resistencia demostrada en los meses previos a su desalojo y derribo.

En cualquiera de los casos, este tipo de estructuras (insistimos que vinculadas al modelo de base de Rutch) *“tienen los defectos propios de sus virtudes”*, ya que si bien fomentan la autonomía desde la base, también dificultan la coordinación y continuidad de los movimientos. Precisamente por ello, *“el dilema de las organizaciones del movimiento es que cuando internalizan su base de manera permanente pierden su capacidad de disrupción, pero cuando se mueven en la dirección opuesta no consiguen mantener su interacción continuada”*

con sus aliados, las autoridades y sus seguidores potenciales” (Rutch 1999: 259). En consecuencia, el problema “para los organizadores del movimiento es crear modelos organizativos lo suficientemente firmes como para resistir a sus oponentes, pero lo bastante flexibles como para cambiar con arreglo a las circunstancias y nutrirse de la energía de la base” (ibíd., 237). Por ello, señala, “las formas más efectivas de organización se basan en redes sociales autónomas e interdependientes vinculadas por estructuras de movilización informalmente coordinadas” (ibídem).

En definitiva, el dilema es encontrar un punto intermedio entre lo flexible y lo coordinado; un punto intermedio, llevado al plano práctico, trataremos de visualizar entre dos extremos. De una parte, una férrea estructura organizativa como la articulada por la izquierda abertzale en los 80, que explica su capacidad de acceso concretada en el clímax de un ciclo de protesta que finaliza con las negociaciones de Argel, pero que paradójicamente, se convierte en su “tumba” ante la incapacidad de “maniobrar” modificando la estrategia violenta en un contexto de claro cierre de la estructura de oportunidad en un estado que ha acabado el tránsito de un régimen democrático de capacidad baja a otro de capacidad alta. En contraste, en Iparralde, la estructura organizativa más flexible, y sobre todo menos dependiente de las orientaciones simbólicas de grupo armado Iparretarrak, permite a este movimiento aprovechar la estructura de oportunidad política en un estado de altísima capacidad, para centralizar un potente movimiento social pro-departamento vasco, que amplía sus alianzas hasta el punto de convertir al movimiento nacionalista, de un actor marginal en el escenario vasco, a un actor actualmente central.

Tras este repaso comparativo a dos modelos de articulación interna, acabaremos este apartado deteniéndonos en el estudio de una laxa estructura informal como la vertebrada en torno a las movilizaciones del 15-m. Este acercamiento, finalmente, nos permitirá analizar si en el contexto actual de nuevo ciclo de protesta global se está innovando en repertorios organizativos que puedan aprovechar las oportunidades que se abren, o si, por el contrario, el modelo que parece perfilarse puede no ser lo suficientemente eficaz para lograr impactos reales.

DE LA CENTRALIDAD A LOS MÁRGENES, DE LOS MÁRGENES A LA CENTRALIDAD: LA IZQUIERDA ABERTZALE A AMBOS LADOS DE LA FRONTERA

En primer lugar, deberíamos comenzar situando la eclosión de la violencia de ETA a finales de los sesenta, y la de Iparretarrak, en el País Vasco francés a mediados de los 70 a partir de una serie de condiciones internas y externas que abren la estructura de oportunidad. Así, en los territorios españoles, al “sentimiento de exclusión” derivado de la dictadura franquista debemos asociar una cierta “sensación de peligro” provocada por las transformaciones socio-políticas propias de la expansión de la actividad industrial, así como la gran frustración derivada de una apertura económica del régimen que no se amplía al campo de lo político (Gurrutxaga, 1996; Jáuregui, 1981; Pérez-Agote, 1984; Letamendia, 1994). A su vez, el hecho de que el nacionalismo clásico se encontrase “refugiado” en el exilio, y que por las condiciones de represión fuese incapaz de materializar una respuesta ante la situación en que se encontraban las provincias del sur, favorece el surgimiento de grupos que pasan en pocos años de la teorización al ejercicio de la lucha armada (Lorenzo Espinosa, 1995).

Por su parte, en el caso del País Vasco de Francia, (a) la independencia de Argel y Mayo del 68 influyen en el surgimiento de Iparretarrak, determinando en parte sus rasgos más significativos. A su vez, (b) la extensa red de grupos que opera en la década de los setenta centrada en el ámbito anti-represivo y cultural, así como (c) el papel simbólico ejercido por los militantes de ETA que comienzan a refugiarse de la represión franquista, aceleran una toma de conciencia favorable a la lucha armada en determinados sectores, sobre todo juveniles, del abertzalismo (Vrignon, 1999).

Dos orígenes y evoluciones que explican modelos organizativos divergentes

En paralelo, debemos dotarnos de un marco interpretativo que permita comprender no solo el nacimiento de ETA e Iparretarrak, sino, sobre todo, su relación con las izquierdas abertzales de ambos lados de la frontera, que organizativamente se articula en los 80. Así, Francisco Letamendia (1997:285) establece un esquema de análisis de la creación y consolidación de todo grupo armado nacionalista periférico fundamentado en cuatro etapas. *“La primera fase sería la producción de una violencia social de “respuesta”, defensivo-agresiva, la segunda fase sería la de la aparición del núcleo armado, producto de un doble proceso de fusión y totalización. La tercera y cuarta fase se desarrollarían en paralelo; y serían la de la*

transformación del núcleo armado en un grupo-Estado, mimetizador del Estado-Nación, y la de la formación de una comunidad sociopolítica nacionalista de carácter anti-represivo que legitima al grupo Estado”.

Desde nuestro punto de vista, la transformación de la organización armada en contra-Estado deriva fundamentalmente de la propia definición que cada grupo haga de sí mismo. La caracterización de la lucha armada en ETA militar hace que ésta se convierta ante su comunidad de legitimación en referente para un futuro Estado, ya que el modelo de dirección sobre el que ha pivotado la estructura organizativa del MLNV se ha asentado en un planteamiento vanguardista piramidal en cuya cúspide (simbólica) se sitúa el movimiento clandestino. El fundamento de esta consideración se encuentra en un análisis que data de los años sesenta, según el cual *la “contradicción básica” en todo proceso político es la que enfrenta a la oligarquía con el proletariado, a pesar de que esta contradicción se manifiesta en Euskal Herria en una “contradicción fundamental” que opone a Euskadi con el Estado Español.* En consecuencia, a juicio de ETA, se considera necesario alcanzar un Estado vasco, para desde ahí dar el salto definitivo hacia el Socialismo, eliminando así la contradicción principal (ETA, 1968).

Siguiendo los esquemas vanguardistas del marxismo-leninismo, adoptados por ETA definitivamente tras el Proceso de Burgos, *el sujeto de todo este proceso debe ser el proletariado; y si tenemos en cuenta que la lucha armada es la máxima expresión de este enfrentamiento de clases,* es lógico que ETA se erija como vanguardia dirigente del MLNV a los ojos del Nacionalismo Vasco Radical (HASI, 1978 y 1988)¹. Esta auto-caracterización de ETA la permite configurarse como contra-Estado en el universo simbólico de una comunidad de legitimación que se articula en torno a la cultura anti-represiva tras el Proceso de Burgos (Tejerina, 1997; Letamendia, 1997) y se vertebra a partir de los ochenta por medio de la Kordinadora Abertzale Socialista (KAS); con lo que se cierra el ciclo de toda organización armada.

Por contra, en Iparralde, Iparretarrak no alcanza un grado de desarrollo suficiente que permita caracterizarla como contra-Estado ante el que se pliegue el espacio abertzale radical. Una importante razón es el analizado cuestionamiento de la lucha armada, no sólo en la comunidad nacionalista, sino dentro del nacionalismo antisistema. Por otra parte, su propia auto-definición, impide la concreción de las fases tercera y cuarta a las que alude Letamendia: (a) Iparretarrak no asume un papel de vanguardia -a pesar de su *“referencialidad simbólica”* para algunos sectores abertzales-; (b) su actividad es caracterizada como *instrumento sostenedor de otras formas de lucha,* supeditándose a la *“lucha de masas”* gracias a la asunción de argumentos *“frentistas”* similares a los de ETA político-militar; y (c) el umbral de la violencia

¹ A diferencia de ETA-pm que, como veremos, otorga al partido marxista-leninista EIA la dirección político-militar del “proceso de liberación”.

se limita al ejercicio de una suerte de “propaganda armada” similar a la teorizada en los setenta por los movimientos corsos².

En este sentido, Iparretarrak es deudora de los planteamientos anti-autoritarios de Mayo del 68, alimentándose de las mismas fuentes que los movimientos sociales de los años sesenta (Laffont,1971; Touraine, 1982; Aierbe, 1989), con lo que el referente comparativo no debe ser tanto ETA como los grupos armados de Bretaña y Córcega -en sus primeras fases de desarrollo-

En paralelo, esta sensibilidad “movimentista” conecta en el tiempo con la estrategia asambleísta diseñada por KAS en 1979 con el *Euskal Herriko Batzarre Nazionala*³, cuyo espíritu es asumido por los activistas de IK a través de los refugiados de ETA, manteniéndose su filosofía incluso después de que fuese abandonada en la CAPV y la CFN por el MLNV. A finales de los setenta, esta dimensión aperturista hacia las expresiones asamblearias y hacia los movimientos sociales, y el poso frentista de ETA-pm, vuelca a Iparretarrak a una frenética campaña de vertebración del movimiento abertzale, más allá de las tradicionales expresiones anti-represivas. De esta forma, IK trabaja en el asentamiento de grupos culturales ya existentes, comités de fiestas,...; y sienta las bases para el surgimiento de nuevos movimientos de carácter sindical, agrícola, juvenil, anti-desarrollista, y posteriormente políticos (IK, 1978a)⁴.

Esta prioridad del trabajo político y de masas permite entender mejor las diferencias entre la interpretación de la lucha armada que realiza esta organización frente a la que teoriza ETA. Así, para Iparretarrak, *“la acción violenta no es el único medio de liberación, es un medio necesario (...) que se subordina a la lucha política del pueblo vasco. (...) La prioridad hoy en día reside en el reforzamiento de la lucha popular”* (IK, 1978b). Por contra, para ETA y la izquierda abertzale del sur, aunque la lucha armada debe ser acompañada de altos niveles de dinámica convencional y disruptiva, la primera de las formas contenciosas, la violenta, es determinante.

En cualquier caso, los objetivos estratégicos confluyen en las dos organizaciones armadas, a partir de una elaboración ideológica que incorpora planteamientos influenciados por los movimientos socialistas de liberación primero, y por los nuevos movimientos sociales después.

² De 1980 a 1987 mueren cinco activistas de IK por una parte, y otros cinco miembros de las Fuerzas de Seguridad, siempre como consecuencia de enfrentamientos fortuitos.

³ Este colectivo, que aglutina a representantes municipales electos de la Izquierda Abertzale y de los movimientos sociales asume una caracterización de contrapoder vasco que paulatinamente se enfrenta con la concepción del KAS como “bloque revolucionario”, lo que finalmente supone su desactivación. En el fondo de la cuestión se encuentra el enfrentamiento histórico entre dos sensibilidades del KAS: la de ASK, de carácter movimentista por su labor de dinamización de los movimientos sociales -apadrinada por Argala en el Zutik 69-; y la de HASI, mucho más vanguardista -influida por la entrada del sector Berezi de ETA-pm en ETA militar- A este respecto, ver Letamendia (1994 II).

⁴ Tal y como señala en el texto *Appel au peuple basque. Coordonner les groupes de lutte*, para Iparretarrak *“deben ser creados y desarrollados, beneficiándose del apoyo de todos los abertzales aquellos embriones de fuerzas autónomas como puede ser un sindicato agrícola vasco, grupos de trabajadores o movimientos de estudiantes”*.

De esta forma, los dos grupos clandestinos asumen como referente último de su lucha la consecución de la independencia y el socialismo. A pesar de ello, se diferencian en cuanto a los objetivos tácticos, ya que mientras que ETA los concreta en el reconocimiento de Derecho de Autodeterminación y la unidad territorial para la Comunidad Autónoma Vasca y la Foral Navarra (KAS, 1981; ETA, 1994), Iparretarrak los centra en la institucionalización de los tres territorios por medio de un Estatuto de Autonomía (IK, 1993).

En este sentido, la incapacidad de Iparretarrak para constituirse en contra-Estado ante el que se pliegue el nacionalismo anti-sistema se refleja también en el hecho de que mientras Herri Batasuna asume los postulados de ETA en la CAPV y la CFN, por el contrario Abertzaleen Batasuna apuesta por un departamento vasco desde 1997, contraviniendo las “orientaciones” de Iparretarrak, que promueven la ruptura del marco institucional francés reclamando un estatuto de autonomía.

Otro de los elementos que permiten diferenciar a los grupos clandestinos, y en consecuencia al nacionalismo anti-sistema de ambos lados de la frontera, se refiere a la relación entre las organizaciones clandestinas y “su” comunidad de legitimación; algo que se ve condicionado en gran medida por la fortaleza o centralidad simbólica de las primeras.

En el caso de la hegoalde, la aludida caracterización de ETA como vanguardia dirigente determina una estructura en forma de pirámide en cuyo vértice (simbólico) se situaría esta organización, y cuya base serían los diferentes colectivos *de masas* y la coalición Herri Batasuna. En cualquier caso, teniendo en cuenta la imposibilidad del grupo clandestino para ejercer una efectiva *dirección política del proceso* como consecuencia de la represión, tolera que esta responsabilidad sea asumida a comienzos de los 80 por una estructura intermedia, la Kordinadora Abertzale Sozialista, compuesta por una serie de organizaciones cada una de las cuales ejerce en papel de vanguardia “delegada” para su respectivo ámbito de actuación (Mata, 1993; Ibarra, 1989; Letamendia, 1994)⁵.

Por contra, en Iparralde no podemos hablar de la existencia de una comunidad de legitimación en el mismo sentido. Así, a pesar de que algunas organizaciones como EMA presentan gran sintonía con el grupo armado Iparretarrak, otras critican el uso de la violencia en este territorio -aunque lo apoyan con matices en el sur (en un primer momento, ya que este sector -cerca a Enbata y EB- acaba criticando tanto la violencia de IK como la de ETA a finales de los 90)-. Esta división del nacionalismo anti-sistema en torno a su posición respecto de la violencia y, en

⁵ Esta organización inicia un proceso de reestructuración a partir de los noventa que supone la desaparición de su organización más influyente: HASI (cuyos militantes pasan a ser miembros *amancomunados* de KAS). Posteriormente, esta redefinición del “Bloque” finaliza con la desaparición de la organización encargada de la dinamización de los movimientos sociales ASK, y la salida de Jarrai (mov. Juvenil), Egizan (mov. Feminista) y el sindicato LAB de las estructuras de KAS. En 1999, debido a las consecuencias que se preveía pudieran derivarse de la instrucción del sumario del cierre del diario Egin por el juez Garzón (en la que pone en práctica sus tesis sobre la vinculación entre KAS y ETA (GARZON, 1997) gracias al forzado neologismo “entramado ETA-KAS”), una serie de ex-militantes de la coordinadora manifiestan que esta organización desapareció en 1994 (tras la redacción de los documentos *Txinaurri* y *Karramarro* en los que se replantea la estrategia del MLNV).

consecuencia, la inexistencia de una comunidad de legitimación del grupo clandestino, refuerza, a nuestro juicio, uno de los elementos divergentes entre el nacionalismo de izquierdas de Iparralde y el MLNV: la preeminencia de la dimensión política sobre la militar.

De esta forma, una vez que las diferentes organizaciones abertzales de izquierdas sean capaces de superar sus diferencias tácticas consolidando una unidad de acción electoral primero, y un movimiento político después (AB), el nacionalismo vasco radical de Iparralde se siente libre de cualquier presión por parte del ámbito armado, iniciando en 1997 una estrategia doble: (a) un movimiento táctico posibilista a favor de la reivindicación departamental que le sitúa en el centro del debate político, y (b) una apuesta decidida por la resolución de las expresiones violentas del conflicto armado tratando de tender puentes entre las diferentes familias nacionalistas del otro lado de la frontera en un contexto de máximo enfrentamiento político y violento.

La estructura organizativa de la Izquierda Abertzale del Sur: del ciclo de protesta al abandono de la violencia.

Sobre las bases apuntadas, en la década de los 80, la izquierda abertzale de Hegoalde conforma un potente, centralizado y extenso movimiento de movimientos comúnmente identificado como MLNV, conformado por un conjunto de organismos, movimientos sociales, partidos, organizaciones sindicales, en cuya cúspide simbólica se sitúa ETA a partir de la lógica analizada.

- Sin embargo, el núcleo central de este amplio movimiento será la Coordinadora Abertzale Sozialista, KAS, conformada por 5 organizaciones una de las cuales, HASI se define como Partido político marxista leninista que se erige en vanguardia dirigente del Bloque. Además, como vanguardias “delegadas” encontramos a LAB (en el ámbito laboral y sindical), Jarrai (en el juvenil), Egizan (en el feminista) y Ask (vanguardia delegada del “movimiento popular”).
- En un escalón secundario encontraríamos a la Unidad Popular (Herri Batasuna) uno de cuyos partidos fundacionales es HASI, cuya función es ejercer la dirección política de esta formación.
- Finalmente, en la base de esta pirámide encontraríamos decenas de movimientos sociales (“populares” en términos de la Izquierda Abertzale) que desarrollan dinámicas contenciosas a escala local (en cada barrio o pueblo vasco se podrían identificar un mínimo de 5 o 6 colectivos de estas características): comités locales de Gestoras Pro-amnistía, de Euskal Herrian Euskaraz, de familiares de presos (Etxerat), movimientos contra las drogas (Askagintza), ecologistas (Eguzki), internacionalistas (Askapena), infantiles (Kimuak). Por otra parte, y desde una perspectiva sectorial, encontraríamos

organizaciones encuadrables en el MLNV, entendido en términos amplios, como la Coordinadora de Sacerdotes de Euskal Herria, ciertas peñas deportivas, medios de comunicación (Egin, Punto y Hora –revista de sacerdotes-), etc... Por último, a lo largo de la década de los 80, la Izquierda Abertzale es capaz de apropiarse de entornos difusos como el Rock Radical Vasco, acontecimientos históricos como los actos conmemorativos del 50 aniversario del Bombardeo de Gernika, luchas obreras como “la batalla de Euskalduna”, etc...

De los márgenes a la centralidad

Este amplio modelo organizativo, que combina las potencialidades de los movimientos de base, partido e influencia en un entramado plural fuertemente centralizado, se orienta, como veremos más adelante, hacia una estrategia de negociación cuyo resultado debía ser la aceptación de la alternativa KAS (reconocimiento del derecho de autodeterminación, unidad con navarra, salida de las Fuerzas de orden público, mejoras de las condiciones de la clase obrera y amnistía) por parte del estado.

La estrategia de la que se dota la Izquierda abertzale a lo largo de este periodo, se sostiene en lo que denominan “perfecta interrelación entre formas de lucha”. Dicho de otra forma, en la perspectiva de la Izquierda Abertzale, la estrategia militar de ETA, que en este periodo se concreta en una altísima capacidad operativa”, debería acompañarse de una potente movilización social y de una amplia capacidad de acceso electoral.

Así las cosas, en el contexto de una democracia de baja capacidad (claramente visible hasta 1987), la apertura de la estructura de oportunidad que hemos analizado antes, se acompaña de un estado de movilización permanente (campañas *Martxa eta Borroka*, movilizaciones sindicales durísimas y dilatadas en el tiempo en la Ría de Bilbao, movilizaciones en los barrios contra la droga, constantes manifestaciones de apoyo a los sandinistas o los salvadoreños, actos de protesta en los actos de conmemoración del bombardeo de Gernika, conciertos y fiestas altamente politizadas, movilizaciones contra la tortura y los atentados del GAL, de denuncia por la muerte de presos en prisiones, actos de sabotaje en el Gudari Eguna, enfrentamientos constantes con la policía al acabar las manifestaciones, legales o no, guerra de las banderas...) así como de un incremento contante de votos que permiten a HB alcanzar la cifra más importante de su historia en las elecciones europeas de 1987.

En definitiva, la combinación de elementos como un contexto marcado por un régimen de baja capacidad unido a la apertura de la estructura de oportunidad cambiante, junto a la combinación de repertorios violentos, disruptivos y convencionales, la elaboración de un potente discurso certificador hacia el movimiento y descertificador hacia el Estado... todo ello es aprovechado por una potentísima estructura organizativa para direccionar todas las energías y oportunidades del contexto hacia un proceso de negociación que finalmente se produce entre 1988 y 1989.

Sin embargo, a partir de 1989 el escenario se transforma. De una parte, España puede ya ser caracterizado como un régimen de alta capacidad (una capacidad que va en aumento exponencialmente tras 1992). De otra parte, la estructura de oportunidad política cambiante se cierra (los alineamientos inestables se limitan por el Pacto de Ajuria Enea; la capacidad de implementación de políticas aumenta con la desaparición del GAL, el fin de la crisis industrial y el traspaso de competencias; los aliados influyentes se reducen en el exterior como consecuencia de los atentados indiscriminados de ETA en Madrid o Catalunya, por la desaparición de los movimientos guerrilleros latinoamericanos, y sobre todo, por la creciente incapacidad de la izquierda abertzale por alimentar el discurso del agravio. Finalmente, la capacidad de acceso se reduce como consecuencia de la bajada de votos de HB o la caída de la cúpula de ETA en Bidart.

De la centralidad a los márgenes

En cualquiera de los casos, para mediados de los 90, ETA se ha recompuesto organizativamente del golpe de 1992, y lo que es más importante, parece haber reformulado la táctica para conseguir sus objetivos: en febrero de 1994 ETA atenta contra un Coronel del Ejército en Barcelona, en abril muere un Guardia Civil en Trápaga y en junio es asesinado un General del Ejército en Madrid. Finalmente, el 29 de julio de 1994, el Teniente General y Director de Política de Defensa, Francisco Veguillas, su chofer y un civil, mueren en atentado en Madrid. Tras Carrero Blanco, ETA había acabado con la vida de la persona con mayor graduación militar de su historia.

Abordar el periodo que va de 1994 hasta la actualidad es harto complicado como consecuencia de los vaivenes tácticos de la izquierda abertzale y ETA. Pero si nos abstraemos del giro estratégico que supone el proceso de Lizarra Garazi, podríamos identificar una lógica común, especialmente presente entre 1994 y 1997, que sienta las bases para la lenta agonía de un movimiento que desde 2000 no tiene otra alternativa más que el cese definitivo e incondicional de la violencia por parte de ETA y/o el rechazo del MLNV a la estrategia violenta. Nos detendremos, en consecuencia, en el análisis de este primer periodo, que muestra a las claras las limitaciones del modelo organizativo articulado en los 80, incapaz de ajustarse a los cambios en la estructura de oportunidad, y mucho menos, de romper las ataduras simbólicas con su contra-estado, con las consecuencias de ilegalización y clandestinización de las estructuras analizadas

Así, por una parte, resulta evidente que desde 1994, socialmente se percibe una clara una radicalización en las acciones de ETA, que asumen un carácter cada vez más selectivo y desestabilizador, con un periodo de cese de la violencia entre 1998 y 1999, que da paso a una nueva vuelta a las armas en la que la estrategia parece recrudecerse aún más. Una percepción que no responde a un incremento cuantitativo en el número de atentados mortales de ETA,

que alcanzan su pico máximo en 2000, con 23 víctimas⁶, como en el perfil de las mismas (políticos, periodistas, ertzainas). Una dimensión que amplía el círculo de los posibles afectados, que unido a los actos de Kale Borroka genera una sensación de ahogo en amplios sectores de la sociedad⁷.

Entre 1994 y 1996-97, por una parte, el escenario que la Izquierda Abertzale define se asienta sobre un modelo muy similar al teorizado desde 1978: consecución de sus objetivos (actualizados en la Alternativa Democrática) a través de una negociación con el Estado. Sin embargo, aparecen hay novedad fundamental: se elimina la estrategia de la acumulación de fuerzas y se sustituye por una lógica “ofensiva” que pasa por la denominada “socialización del sufrimiento”. En consecuencia, la apuesta pasa por una estrategia que genere tal inestabilidad que obligase al Estado a la aceptación de sus propuestas, que deberían ser refrendadas por la sociedad civil vasca.

Dicho de otra forma, entre 1994 y 1996-97, ETA define un escenario de negociación con el Estado que se asienta en una línea fundamentada en el paso de una táctica *defensiva* a una lógica *ofensiva*. Con sus acciones, ETA establece una intervención caracterizada por una fuerte presión militar y violenta, que se acompaña por una Izquierda Abertzale homogeneizada, cuya función no sería tanto acumular a nuevos sectores como dar cobijo a la nueva fase. Este paso de una estrategia defensiva a una nueva etapa ofensiva, como decimos, se concreta en una línea de presión sostenida por a) una intervención militar de carácter cualitativo sobre la base de la estrategia de la “socialización del sufrimiento”, asentada en la apertura de nuevos frentes: atentados contra dirigentes políticos (Gregorio Ordóñez, José María Aznar, intentos de atentado contra el Rey y Atutxa), secuestros de larga duración (Ortega Lara, Aldaia), atentados contra la Ertzantza (Montxo Doral), contra altos responsables militares (Veguillas)...; todos ellos acompañados por atentados contra la Guardia Civil, empresarios, “confidentes”, “colaboradores”...; y b) una acción de desestabilización civil, que libera en la práctica a ETA para centrar todos sus esfuerzos en su línea militar, mientras se mantiene la presión social en Euskadi a través de la Kale Borroka⁸.

Dos elementos, en definitiva, que necesitan de la centralización férrea de la Izquierda Abertzale. En este sentido, cabe destacar cómo cuando Herri Batasuna se encuentra en el punto más álgido de un debate sobre el papel de la violencia, ETA irrumpe “dictando sentencia” con uno de los atentados que mayor repercusión había generado hasta entonces:

⁶ En 1995 ETA asesina a 15 personas, 5 en 1996, 13 en 1997, 6 en 1998, 23 en 2000, 14 en 2001, 5 en 2002 y 4 en 2003.

⁷ Gesto por la Paz cifra en 42.000 las personas amenazadas por ETA y la Kale Borroka en 2002, incluyendo a 24.000 policías, 15.000 empresarios, 1.250 políticos, 800 funcionarios de prisiones, 400 periodistas y 200 intelectuales. En 2003, 903 personas cuentan con escolta en la CAPV, mientras que otras 310 son objeto de vigilancia preventiva (Ormazabal, 2003).

⁸ Los actos de Kale Borroka ascienden en 1990 a 294; en 1992 a 301; en 1992 a 552; en 1993 a 428; en 1994 a 287. Sus picos más altos, sin embargo, se alcanzan en este periodo, con 924 en 1995 y 1113 en 1996.

la muerte de Gregorio Ordoñez. En definitiva, el atentado de ETA, ejemplificando un cambio cualitativo, deja claro los parámetros debía discurrir el debate, y permite crear una conciencia entre los militantes de la coalición según la cual, cualquiera que presentase una actitud crítica sería identificado como un “posibilista” en el mejor de los casos, cuando no un “liquidacionista”.

En consecuencia, en esta fase, ETA trataría de elevar al máximo las contradicciones del conflicto por medio de atentados de gran repercusión social y política, ampliando cada vez más los posibles objetivos de sus acciones. Por su parte, la Izquierda Abertzale recompone su línea de intervención, que se concreta a) en una revitalización de la Kale Borroka en su expresión más contundente, languideciendo desde este momento el importante papel de los movimientos sociales, b) en la ruptura de todas las relaciones y vasos comunicantes existentes entre éstos y otros grupos que apuestan por el diálogo, como Elkarri, y c) en el abandono de *visiones corto-placistas* que únicamente *generarían frustraciones*, negándose de esta forma la existencia de condiciones para entablar un proceso de diálogo. Así, d) en un primer momento, se rechaza la posibilidad de declarar una tregua.

El enfrentamiento social y férrea centralización de la Izquierda Abertzale se une a la dinámica militar de carácter cualitativo que protagoniza ETA, reforzando la estrategia ofensiva que esta organización define para forzar una negociación con el Estado. En definitiva, como señala Riu Pereira (2000: 260) parecería que la lógica había variado sustancialmente respecto a las fechas precedentes: *“el no negociar representaría para Madrid un peso insoportable. Aquello que hasta entonces se analizaba como un problema de ingobernabilidad –sentido por cualquier Gobierno español que comenzara a negociar seriamente- ahora la organización quiere invertirlo, transformando en una situación totalmente insostenible la ausencia de negociación”*.

De esta forma, el escenario que ETA parece buscar (negociación victoriosa) se mantiene respecto a las etapas anteriores. Lo que varía, sin embargo, es la lógica para alcanzarlo. En consecuencia, la fase ofensiva encuentra su máxima expresión en la estrategia armada de ETA, pero la tarea de **acumulación de fuerzas** que desarrollaba la IA hasta ese momento deja de entenderse en clave de inclusión, para asentarse en una lógica de acompañamiento: las elecciones pierden el valor de test sobre la capacidad de atracción de sectores, para convertirse en un frente más de desestabilización, que se concreta en una participación no normalizada en las instituciones, y finalmente, la decisión de HB de no presentarse a las elecciones; la lucha de masas se dota de un nuevo contenido, y se orienta a la lógica rupturista, tratando de recuperar un espacio en la calle que había sido copado por los grupos pacifistas: así, las contra-manifestaciones y los actos de Kale Borroka se convierten en la tónica y en el principal referente movilizador en la Izquierda Abertzale.

Parecería que en un primer momento, el escenario que ETA pretende alcanzar sigue una lógica con respecto a los planteamientos anteriores. En este sentido, el recrudescimiento de su intervención pretendería acelerar la toma de consideración por parte de los poderes reales del Estado (a juicio de ETA, el Gobierno del PP representaría mejor los intereses de las fuerzas armadas y el empresariado español) sobre la necesidad de una negociación. Sin embargo, el

panorama se trastoca cuando esta organización observa que este nuevo Gobierno no tiene ningún interés en abrir vías de contacto. Así, el asesinato de Miguel Ángel Banco y la previa solución del secuestro de Ortega Lara marcan un “antes y un después”. La sociedad asiste horrorizada a dos muestras de crueldad sin precedentes, lo que apuntilla la dañada legitimidad de ETA. Pero este escenario genera un doble movimiento, justo el contrario que el que ETA parecería buscar: el PP considera que ha llegado el momento de desembarcar a los nacionalistas de la gestión de la CAPV, y de sacar a la Izquierda Abertzale de la legalidad. Lo primero no será posible. Lo segundo sí.

De esta forma, tras la ruptura de la tregua y la efímera unidad soberanista en Lizarra-Garazi, cada actor decide jugar sus cartas. El PNV las de la propuesta de Ibarretxe. ETA las de antes de Lizarra, marcando el asesinato de Buesa y el de Lluch el camino a seguir: provocar la ruptura de todos los puentes entre el PNV y el PSOE para evitar que el nacionalismo moderado pudiese encontrar una vía alternativa a la de la Izquierda Abertzale. Pero, en 2000, las consecuencias ya son catastróficas para este movimiento. El campo estaba abonado sobre una gran frustración social, un hastío, y una falta de legitimidad que venía de antes. Una sociedad que vive en paz durante un tiempo prolongado rompe su anterior rutina de –acostumbrada- resignación frente a la violencia, e intensifica y extiende ese nuevo y exigente hábito de paz. A la vista queda que el balance para ETA es claro. Desaparece todo lo que de alguna forma había conseguido en el año anterior. Las posibilidades de dialogo se alejan más y más. Nunca ETA había estado tan lejos de conseguir sus propósitos, mientras que el Estado podía lanzar el *hor dagoi*!

ETA inicia así una dinámica continuista con la del periodo anterior (1994-1997), como si nada hubiera cambiado en Euskadi, y como si fuera posible un nuevo escenario negociador, o un nuevo pacto soberanista: se abren nuevos frentes, desde periodistas hasta profesores de universidad, pasando por ertzainas de base y políticos populares, socialistas y de UPN. Poco a poco se extienden sus objetivos potenciales, hasta que la sociedad observa angustiada los sucesivos intentos de ETA por mostrar una posición “de fuerza” intentando un atentado de grandes proporciones en Madrid.

Resulta difícil, en este sentido, comprender, si es que existe, la “racionalidad” (Ibarra, 1989) de ETA. Sin embargo, sí conocemos los efectos de su estrategia: Garzón estira hasta las máximas consecuencias el sumario ETA/KAS/EKIN, y una tras otra son ilegalizadas las organizaciones de la Izquierda Abertzale. Decenas de militantes de Haika son detenidos, Ekin (sucesor del KAS tras la desaparición de HASI y ASK) es ilegalizado, se pone en tela de juicio el papel de Aek, se pone fuera de la ley a Batasuna, se encarcela a la dirección de Udalbiltza, se tratan de cerrar las sedes sociales de HB, se encarcela a la dirección de Gestoras y Senideak... en definitiva, se aboca a la clandestinidad a la mayor parte de los cuadros de la Izquierda Abertzale. Una paranoia represiva que alcanza su clímax con el cierre de Egunkaria, cuyos responsables denuncian haber sido torturados por la Guardia Civil. La respuesta social es contundente, pero una sensación de emergencia se apodera de todo el abertzalismo de izquierdas.

Decíamos que la movilización por el cierre de Egunkaria es contundente. Pero no lo serán las otras. Batasuna es ilegalizada y la respuesta en la calle no responde a las expectativas

despertadas. La Izquierda Abertzale es excluida de todas las instituciones a excepción del Gobierno Vasco..., y la vida política sigue su curso. Por su parte, ETA se debilita cada vez más. Se suceden una tras otra las caídas de comandos antes de realizar sus atentados, hasta el punto de que, tras el descubrimiento de los contactos entre ETA y Carod Robira, parece evidente que la dirección de ETA está sometida a un seguimiento directo. Uno tras otro, se suceden los intentos de ETA por realizar un atentado espectacular para tratar de desestabilizar definitivamente el escenario -en un contexto de acoso sin precedentes del PP contra todo el nacionalismo-. Finalmente llega la última de las treguas, su fracaso, y la lógica de periferización se amplifica aún más, hasta que por fin, la Izquierda Abertzale da un golpe de timón y por primera vez en la historia se adelanta a su Contra-Estado. La apuesta de Sortu por las vías pacíficas, con década y media de retraso, precipita la única salida para ETA: su cese definitivo e incondicional de la violencia

La estructura organizativa de la Izquierda Abertzale del norte: de los márgenes a la centralidad

Como si fuera su espejo inverso, la izquierda abertzale de Iparralde se caracteriza organizativamente por su tardía implantación, su falta de coherencia interna, su, hasta fechas recientes, relativamente bajo impacto y su clara falta de cohesión respecto del papel de la violencia. Algo que, precisamente, le ha permitido tener mayor capacidad para captar las muy escasas aperturas de oportunidades en un régimen como el francés de altísima capacidad, otorgándole una centralidad capital en la realidad política de estas tierras.

Como decimos, el nacionalismo de izquierdas en Iparralde va a ser históricamente muy débil desde el punto de vista electoral, estando internamente profundamente dividido. Así, el elemento que más disputas ha creado en estos territorios se centra en la aceptación o no de las directrices del nacionalismo radical de la CAPV y la CFN en torno a la violencia. Concretamente, la aparición de ésta en Iparralde en la década de los setenta, de la mano de la organización *armada, independentista y socialista* Iparretarrak (IK, *los del norte*), divide a los nacionalistas entre los que la consideran un instrumento válido de lucha, frente a los que la rechazan éticamente.

En un primer momento no existe ningún tipo de conflicto entre Iparretarrak y ETA. Según la estrategia del “frente único”, la presencia de una *organización armada* a cada lado de la frontera *es reflejo de la existencia de un único pueblo y una única lucha, aunque con métodos y ritmos diferentes*. Sin embargo, en la década de los 80, el nacionalismo radical decide un repliegue del norte de Euskal Herria. Se abandona así la teorización del frente único, y se sustituye por la del “frente prioritario”: “*en un primer momento, y hasta la consecución del derecho de autodeterminación en el Sur, la prioridad de la lucha pasa exclusivamente por estos territorios* (Comunidad Autónoma Vasca y Comunidad Foral de Navarra)” (HASI, 1988). Sin

embargo, algunos grupos del nacionalismo *del norte* continúan interviniendo políticamente, entre ellos Iparretarrak.

Sobre estas bases, desde ETA comienza poco después a criticarse ferozmente la lucha de Iparretarrak, lo que provoca la incompreensión de muchos activistas en el País Vasco francés: “*cómo es posible que los mismos militantes armados sean revolucionarios en el sur de Euskadi y reaccionarios en el norte?*”, se pregunta Iparretarrak en uno de sus comunicados (IK, 1988). (Parecería que en el trasfondo de este cambio estratégico del nacionalismo radical de la CFN y la CAV sur, que considera inoportuna la utilización de la violencia por los nacionalistas en *el norte*, estaría el deseo de no provocar a las autoridades francesas, para evitar que éstas reaccionasen deteniendo y entregando a las policía española a los refugiados de ETA que residían en Francia).

En definitiva, durante la década de los 70 y 80, el nacionalismo organizado se ve extremadamente dividido como consecuencia de una serie de líneas de fractura internas y externas a estos territorios. Las primeras responden a una evolución política propia del territorio. Las “fracturas externas” explican la división *abertzale* a partir de factores relacionados con la extensión del discurso y la estrategia del nacionalismo de la CAPV y la CFN al País Vasco de Francia.

En este sentido, los *cleavages* internos determinan la segmentación del nacionalismo en varias familias. Por una parte, un sector –organizado en Euskal Batasuna- apuesta por una estrategia más moderada, con vocación europeísta, y que rechaza el ejercicio de la violencia de Iparretarrak, aunque “comprende” la de ETA. Tácticamente apuestan por un Departamento vasco. Otro grupo –vertebrado en torno a EMA- trata de elaborar una acción política nacionalista para el País Vasco francés al margen de la estrategia que define el nacionalismo radical de la CAPV y la CFN, de manera que apoya a Iparretarrak frente a las posturas de ETA. Es un colectivo que rechaza el compromiso europeo y apuesta por tácticas más radicales e ideologizadas, entre las que se incluye el reconocimiento institucional de este territorio por medio de un Estatuto de Autonomía. En tercer lugar, encontramos el sector socialdemócrata representado por Enbata, que aunque abandona su dimensión electoral, va a mantener una cierta influencia en el mundo cultural vasco, trascendiendo los límites de los partidos mencionados, aunque presenta mayor sintonía con EB. Finalmente, encontramos una amplia constelación de personalidades y militantes independientes que, en el futuro, sirven de nexo de unión de las diferentes familias en *Abertzaleen Batasuna*.

Por el contrario, los *cleavages* externos se derivan de la extensión de las pautas y metodologías nacionalistas de la CAPV y la CFN *al norte*. Así, se explica la división del nacionalismo de este territorio en función de la aceptación o rechazo de los planteamientos defendidos por las organizaciones *del sur*, lo que se concreta en los históricos enfrentamientos entre los dos sectores de izquierdas antes mencionados, que a mediados de los 80 constituyen dos formaciones políticas diferenciadas (Euskal Batasuna y EMA) fundamentalmente por su aceptación o rechazo a la estrategia del “frente prioritario” definida por el MLNV. Pero este panorama se complica desde 1986 con la implantación en este territorio de dos organizaciones

que hasta ese momento solo se habían estructurado en la CAV y la CFN: Eusko Alkartasuna y el PNV-PNB. Eusko Alkartasuna nace en 1986, configurándose como primera organización que se estructura a ambos lados de la frontera en 1987, en un intento de mostrar una mayor coherencia nacionalista que su formación matriz (PNV); el PNB se estructura políticamente en 1996 a partir del embrión que supone primero el semanario *Ager* (1981), y como reacción a la actividad de EA y el nacionalismo de izquierdas (Izquierdo, 1998).

En consecuencia, durante la década de los 80-90 nos encontramos con hasta 5 partidos nacionalistas para un “territorio de caza” electoral que en pocas ocasiones supera los 5.000 votantes. En cualquier caso, a pesar de esta debilidad electoral, debemos subrayar el papel de los nacionalistas en los ámbitos culturales y económicos: en el primero de los casos, vertebrando un movimiento de defensa de la cultura y lengua vasca, muchas de cuyas demandas comienzan a ser asumidas en la actualidad por los grandes electos; en el segundo de los casos, poniendo en marcha un rico tejido cooperativo que confiere un cierto dinamismo económico a estas provincias. Una fortaleza cultural y socio-económica que se refleja en el hecho de que muchas de sus demandas sea parcialmente asumidas por otros electos para atraer a su electorado en situaciones excepcionales (como sucedió con los socialistas en 1981 y, como veremos, en 1995).

Sin embargo, este panorama se modifica de forma ostensible en la década de los noventa, de forma que el nacionalismo 1) se vertebra en torno a una formación progresista, Abertzaleen Batasuna, que se convierte en la referencia fundamental del abertzalismo; 2) a pesar de observarlas en un primer momento con cierta suspicacia, se acaba convirtiendo en el núcleo más dinámico de las estrategias de desarrollo que inician las autoridades, y que se concretan en la puesta en marcha de dos organismos cuasi-institucionales (el Consejo de Desarrollo y el Consejo de Electos del Pays Basque) que concitan los esfuerzos de la sociedad civil y el cuerpo electivo; 3) tras apostar por la demanda autonomista en Iparralde, vuelve a los orígenes de Enbata asumiendo desde 1997 la reivindicación departamental ante la estructura de oportunidad que se abre a comienzos de los noventa, convirtiéndose en el centro de los sucesivos movimientos institucionalistas (Llamamiento del 9 de octubre en 1999-2000 y plataforma Batera desde 2002).

Muy resumidamente, a comienzos de la década de los 90, la administración francesa pone en marcha un proceso de reflexión colectiva para tratar de generar políticas públicas que sacasen a los territorios vascos de un contexto de crisis económica, social, cultural y territorial. Este proceso se concreta en un diagnóstico compartido de la realidad en el que los abertzales logran introducir una serie de elementos que hasta ese momento no habían sido considerados en la agenda política local, como las cuestiones relacionadas con la lengua o la identidad vasca. Fruto de esta dinámica, Iparralde se dota de una estructura de cuasi institucionalización conformada por un Consejo de Desarrollo que aglutina las fuerzas vivas de la sociedad, y un consejo de electos representativo de los cargos políticos del territorio. Así, gracias al papel destacado de los abertzales, un nacionalista moderado, Ramuntxo Camblong, pasa a dirigir la primera de las instituciones, cuya función es proponer políticas de desarrollo a implementar

por los escalones de la administración francesa. En 1997 se elabora el Esquema de Ordenación del Territorio, en el que se proponen 100 medidas para mejorar la realidad local. Sin embargo, el Estado no aporta recursos, de forma que en muchos sectores emerge una reflexión según la cual Iparralde tiene un proyecto, pero carece de la institución política que permita pilotarlo

De hecho, la demanda de institucionalización del territorio ya estaba presente desde 1789, y no solo va a ser apoyada desde una perspectiva identitaria, sino también por actores económicos como la Cámara de Comercio, o políticos como el PS.

En cualquier caso, el elemento clave de toda esta dinámica es la capacidad que tiene el débil y poco vertebrado nacionalismo radical para visualizar una ventana de oportunidad, y reorientar así su estrategia, incluso contraviniendo las orientaciones de Iparretarrak. Efectivamente, en 1998, Abertzaleen Batasuna, tras un profundo debate, opta por asumir la reivindicación departamental. Se abandona así la postura defendida por una parte de su militancia, que siguiendo los postulados de Iparretarrak, exigía como la institucionalización del País Vasco francés por medio de un Estatuto de Autonomía.

En su dimensión identitaria, Abertzaleen Batasuna selecciona claramente (a) los registros espaciales que relacionan a su grupo con el territorio étnico, (b) los temporales entendidos en clave utópica, y (c) los culturales, sustentados en la especificidad lingüística vasca: orientando todos ellos al objetivo estratégico de la independencia y la unidad territorial de *Euskadi norte* y *Euskadi Sur*. Sin embargo, en su vertiente externa, Abertzaleen Batasuna debe plegarse a las exigencias de la dimensión instrumental-racional. Ello le obliga a superar los estrechos límites étnicos, implicando al conjunto del territorio en sus reivindicaciones. De ahí la necesidad de implementar una táctica de mínimos adecuada a su débil peso específico en la sociedad. Y esta táctica posibilita se concreta en la asunción de la reivindicación departamental, frente al maximalismo de la demanda autonomista. Finalmente, para hacer frente a la necesidad de superar los límites étnicos que se derivan de la dimensión instrumental-racional, Abertzaleen Batasuna define de forma clara una estrategia departamentalista que se sustenta en tres etapas-objetivo: a) situar a esta formación en el centro de la reivindicación; b) generar después un amplio movimiento que socialice la demanda, intentando lograr una mayoría social institucionalizadora; y c) generalizar una dinámica de desobediencia civil que haga imposible el mantenimiento del *statu quo* (AB, 1998).

Sobre estas bases, el 30 de enero de 1999, AB congrega a 6000 personas en las calles de Baiona en la primera gran manifestación a favor de esta institución. De esta forma, a nivel público logra convertirse en el referente de la demanda. Paralelamente, esta formación comienza a establecer contactos con el resto de actores para unir fuerzas en torno a un movimiento social. Finalmente, este colectivo ve la luz a mediados de los noventa: un movimiento social, denominado "*Llamamiento de los 100*", que se compone por representantes de la mayor parte de formaciones políticas (AB, UDF, RPR, PS, Ecologistas), grupos económicos (Cámara de Comercio, los sindicatos obreros y agrícolas), y la práctica totalidad de asociaciones culturales de Iparralde.

De esta forma, el conjunto de grupos que hemos mencionado inicia una dinámica de movilización cuyo punto álgido es la celebración de la manifestación más numerosa celebrada en las calles de Baiona desde el final de la Segunda Guerra Mundial: 13.000 personas exigen un departamento *Pays Basque* el 9 de Octubre de 1999. Como colofón, en esas fechas se da a conocer una encuesta según la cual el 67% de la población estaría de acuerdo con la creación de esta institución (CSA, 1999).

Pero ¿cómo se entiende el paso de la apatía generalizada y de la desmovilización casi absoluta de 1980, a una movilización de características tan masivas a finales de los 90? Y más aún, ¿cómo se explica que a finales del siglo XX confluyan los dispares intereses del nacionalismo, de los sectores económicos y sindicales, de los socialistas y los electos de centro-derecha, hasta el punto de que se constituya un movimiento social que desarrolla una acción contenciosa como la que protagoniza el *Llamamiento del 9 de octubre*? Para responder a estas preguntas, debemos detenernos en elementos que ya hemos analizado: la estructura de oportunidad política abierta que encontramos entre 1997 y 1999.

La difusión de las oportunidades derivada de la acción que desarrolla cada uno de los actores pro departamento de 1994 a 1999 se une a la apertura de la estructura de oportunidad política (EOP) en el ámbito local. Siguiendo los esquemas analíticos presentados, observamos cómo esta EOP se caracteriza: a) por un incremento de las posibilidades de acceso a los círculos de reflexión territorial (aceptación de la demanda por parte del Consejo de Desarrollo) y a las instituciones representativas del territorio (aceptación por la Asamblea de Alcaldes); b) por una nula capacidad de implementación de las políticas públicas de desarrollo (concretada en la negativa del Estado a conceder recursos económicos para la puesta en marcha de las propuestas del Esquema de Ordenación entre 1997 y 2000), que retro-alimenta las posturas de los que pretenden la escisión del departamento; c) por una correlación de fuerzas favorable al movimiento, gracias a la importancia y el paulatino incremento de los actores que se alían a la demanda; d) por la existencia de alineamientos inestables en las elites de centro y derecha (reflejado en las posiciones contradictorias de líderes del PS y el RPR); y e) por una clara división entre las elites locales y gubernamentales.

Sin embargo, el ámbito local también muestra la existencia de determinados “cierres” en la estructura de oportunidad, como lo refleja el papel de algunos notables y organismos para-institucionales (CEPB), que intentan cortocircuitar los argumentos escisionistas. De la misma forma, el análisis de la estructura de oportunidad a nivel nacional evidencia los límites de la demanda. En este sentido, la propia naturaleza del Estado, fuerte y excluyente, desincentiva cualquier forma de acción colectiva contenciosa (Duyvendak, 1995).

En definitiva, la EOP se concreta en una situación contradictoria entre (a) una importante difusión de las oportunidades de unos actores a otros a nivel interno, (b) una gran apertura local, y (c) un cierre casi absoluto a escala nacional. Así, los actores que habían actuado aisladamente desde 1994 van tomando conciencia de la necesidad de unificar su trabajo para modificar la correlación de fuerzas a nivel nacional. Y esta sensibilidad cooperativa confluye con la estrategia diseñada previamente por Abertzaleen Batasuna.

Pero, a pesar de la masiva manifestación convocada por el “Llamamiento de los 100”, los resultados serán exiguos –ya que el Gobierno rechaza por activa y por pasiva la modificación del marco territorial-. Así, se entiende que el movimiento radicalice sus posiciones hasta el punto de que llegue a amenazar a los responsables del centro con la puesta en marcha de una estrategia de desobediencia civil de masas. Sin embargo, el testigo desobediente será recogido por otro movimiento social, que emerge en este contexto de las entrañas de la izquierda abertzale de Iparralde.

Y aunque no llega a concretarse tal y como había sido prevista la tercera de las etapas definidas por el partido abertzale, el contexto de partida con el que se encuentra el colectivo “*Demokrazia Euskal Herria-rentzat*” (democracia para el País Vasco) es ampliamente favorable para garantizar la repercusión social necesaria de las acciones disruptivas que desarrolla. Por una parte, los desobedientes gozan de la legitimidad derivada del hecho de que el “Llamamiento de los 100” (en el que además de los abertzales, también se ven representados los cargos del centro derecha o el Partido Socialista) asume dialécticamente la necesidad de dar un salto cualitativo de la acción convencional a la desobediencia civil. Por otra parte, el nivel de simpatía de la reivindicación permite que la actividad disruptiva desarrolle al máximo sus potencialidades (Tarrow, 1997). Como veremos más adelante, cuando ejemplifiquemos con las acciones de este colectivo las potencialidades de la acción disruptiva como uno de las dimensiones de los repertorios de acción, dinámicas contenciosas como el robo de las sillas de los 21 electos vascos en el Consejo General de los Pirineos Atlánticos, el “secuestro” de dos docenas de *Mariannes*, el cambio de señales viarias monolingües por otras bilingües...⁹ se presentan como un claro desafío a las autoridades, generan un alto grado de incertidumbre en el Estado, y provocan importantes niveles de solidaridad entre los actores que apoyan la demanda.

En consecuencia, a mediados de 2000 se asiste al punto álgido de un ciclo de protesta iniciado entre 1994 y 1997: (a) se observa una amplia intensificación del conflicto, (b) se hace patente la total difusión sectorial de la demanda, (c) se muestra una gran difusión geográfica de la reivindicación, de forma que el movimiento social departamental supera los límites urbanos de la acción contenciosa. Finalmente, la evidencia de esta fase ascendente del ciclo movilizador se refleja (d) en la aparición de contra-movimientos dinamizados por las direcciones de la UDF y el RPR.

⁹ La sede del Consejo General de los Pirineos Atlánticos reúne a 51 consejeros, de los que 21 son elegidos en circunscripciones vascas y el resto en las bearnesas. Con el robo de 21 sillas, los desobedientes pretenden “aportar los escaños a la institución vasca que reivindica”. El busto de la *Marianne* ocupa un lugar destacado en todas las alcaldías de Francia, al ser el símbolo de la República. Cuando los Demo roban estos bustos, pretenden simbolizar que los valores democráticos que representa la *Marianne* “se encuentran secuestrados”, tratando de alinear los marcos discursivos de los disidentes con los valores republicanos. Finalmente, el Esquema de Ordenación del *Pays Basque*, consensuado por todos los actores sociales y políticos, preconiza que la señalización viaria se traduzca al euskera. Ante la falta de avances, los Demo cambian la señalización monolingüe en francés por otra bilingüe en francés y euskera.

Sobre estas bases, y tras un periodo de crisis interna en AB que se concreta en la salida de un 20% de su militancia, que acaba conformando Batasuna en Iparralde, la izquierda abertzale “no labelizada” retoma su papel en la vertebración del movimiento departamental, coincidiendo con el PNV-PNB y EA, así como otros sectores alejados del nacionalismo que apuesta por el reconocimiento institucional. De esta forma, y aprovechando las oportunidades que genera la apertura del debate sobre descentralización de finales de 2002, se conforma la plataforma Batera, que reclama la creación de un Departamento *Pays Basque*, la oficialización del euskera, una universidad autónoma de la de Pau y una Cámara Agrícola (Batera, 2002).

Finalmente, y teniendo en cuenta el rechazo del Estado a la implementación de estas demandas, Batera define en enero de 2004 una nueva línea de trabajo que se asienta en la celebración la creación de un contrapoder local, la Euskal Herriko Laborantza Ganbara -Cámara de Agricultura del País Vasco, de una parte; y de otra, en una potente dinámica de socialización de la demanda departamental que se concreta en la recogida de 37000 firmas (para una población de 240000 habitantes). Ambas cuestiones muestran así, la centralidad del movimiento abertzale de Izquierdas en Iparralde, que logra un apoyo masivo de electos no nacionalistas a una institución que trata de ser ilegalizada (sin conseguirlo) por el Prefecto; y un cambio en la actitud de los representantes políticos, que en 2012 han exigido al Prefecto la creación de una institución propia para el País Vasco francés.

En resumen, se debe subrayar que la izquierda abertzale se convierte, gracias a su experiencia movimentista, pero sobre todo a su flexibilidad organizativa, en el núcleo dinamizador de la reivindicación institucional en el *Pays Basque*. Una referencialidad que les permite que los electos socialistas y del centro-derecha incorporen a la reivindicación escisionista otras cuestiones como el sentimiento de pertenencia. Se modifican así las claves identitarias del País Vasco de Francia. En paralelo, esta dinámica se ha concretado en un crecimiento sostenido de los votos abertzales en este territorio, que en dos décadas han crecido un 400%. Más aún, esta izquierda abertzale se ha convertido en el centro dinamizador de un potente movimiento social antidesarrollista que, en las semanas posteriores a la eclosión del movimiento de los indignados, organizó una acampada en Baiona en la que participaron centenares de jóvenes.

¿NUEVAS ESTRUCTURAS ORGANIZATIVAS GLOCALIZADAS?

Frente al modelo vertical, fuertemente centralizado y simbólicamente vertebrado por un contraestado, propio de la Izquierda Abertzale de Hegoalde, que muestra su incapacidad para adaptarse a los cambios del ambiente y para modificar la inercia de sus estrategias, hemos visto que el referente organizativo horizontal, más flexible y menos coherente del nacionalismo de izquierdas de Iparralde ha mostrado una cintura política que le ha permitido no solo aprovechar los cambios, sino fortalecerse en un entorno cerrado propio de un Estado fuerte, modelo de alta capacidad. Sin embargo, para completar este recorrido por las lógicas organizativas movimentistas, consideramos adecuado detenernos ahora en el estudio de lo que puede ser un ejemplo paradigmático de movimiento de base (los anteriores combinaban los modelos de base con el de partido e influencia), que lleva al máximo exponente las lógicas horizontales, espontáneas y mínimamente organizadas. Así, nos detendremos en el análisis del movimiento social global/glocal, conformado por una miríada de organizaciones que configuran una potente infraestructura movimentista reticular, y, en consecuencia, débilmente vertebrada (entendiendo el concepto de “vertebración” en términos clásicos) pero crecientemente eficaz. Este nuevo movimiento, y esta es una hipótesis central en nuestro acercamiento, eclosiona con el primer ciclo de protesta global, que va de 1997 a 2005, y renace tras la “primavera árabe” en un segundo ciclo de protesta en el que se innovan nuevas formas organizativas.

Sin embargo, tratar de aprehender hasta el detalle la heterogénea lógica organizativa sobre la que se asientan las organizaciones de este movimiento es una tarea imposible. Por ello, nos detendremos en la experiencia del 15-m, al entender que puede suponer una experiencia pionera y, en la medida en que ha sabido resituarse, replegándose a los barrios tras el primer periodo de implosión, manifestando unos contornos organizativos más elaborados que los que están presentes en otros movimientos de indignados de carácter más esporádico que han surgido a lo largo del planeta. En este sentido, a nuestro juicio, la experiencia del 15-m añade a la dimensión global del primer ciclo de movilización altermundialista una dimensión local, que como se vislumbra con la movilización internacional del 15 de octubre de 2011 y en la nueva convocatoria del 12 de mayo de 2012, parece apuntar hacia una lógica ascendente de coordinación flexible que emergiendo de lo local se coordina informalmente a escala global.

- Así, parecería que el primer ciclo de movilización global altermundialista visualiza una lógica en la que la acción colectiva asume una dimensión planetaria, aunque en ese momento, con un cierto déficit en la base territorial en España, como consecuencia del cierre de oportunidades locales de este periodo.
- No obstante, este movimiento global sedimentará tras el fin del ciclo a escala local, de forma que cuando las oportunidades se abren a este nivel, se inicia un nuevo ciclo de movilización territorializado, que salta de un escenario a otro, innovando repertorios que se difunden, creando categorías como la de “indignado/a” que sedimentan a



escala planetaria, sentando las bases para que la acción colectiva se coordine nuevamente a escala internacional.

En definitiva, parecería que mientras el primer ciclo es eminentemente global, sus consecuencias sedimentadas a nivel local permiten posteriormente un nuevo ciclo de movilización territorial pero internacionalmente difundido, para desde allí ascender al plano global con la movilización del 15 de octubre.

En este contexto, cabría preguntarse ¿cuáles son las estructuras organizativas que emergen en esta nueva lógica global-local de la acción colectiva? ¿Cómo se combina la obvia espontaneidad, visible especialmente en el segundo ciclo de movilización, con la necesaria formalización, facilitadora de impactos de la que habla Tarrow? ¿Existen innovaciones organizativas entre ambos ciclos? Son preguntas difíciles de responder, especialmente si tenemos en cuenta que todavía carecemos de la perspectiva temporal suficiente como para entender el devenir de un nuevo ciclo de movilización que acaba de nacer. A pesar de todo, si comparamos las formas organizativas de estos dos ciclos con los rasgos de las anteriores estructuras que emergieron a lo largo de la historia, quizá podamos apuntar algunas pistas que nos permitan vislumbrar los contornos que nos depara el futuro. Con sus potencialidades. Y con sus limitaciones.

Un hinterland entre Iparralde y Hegoalde; entre lo local y lo global

Antes de detenernos en el análisis de esta evolución, no obstante, quisiéramos hacer un breve comentario que pretende ser el punto de partida de este apartado, y el cierre del anterior.

Para muchas personas, ha podido resultar sorprendente que la ola de “euforia” colectiva y contenciosa que sucede en España de mayo a junio de 2011 tuviera unos contornos tan limitados en las tierras vascas. Algo más incomprensible, si tenemos en cuenta la potente infraestructura movimentista existente en Euskal Herria, que podría haber servido de sustrato para una movilización cualitativamente significativa, como sucedió especialmente en Cataluña. Sin embargo, en nuestra perspectiva, existía en ese contexto marcado por las elecciones municipales un elemento diferencial en estas tierras, que explica este déficit de movilización. De una parte, la situación de hastío con la política electoral, que sirve de sustrato desde el que emerge la movilización en España, contrasta en Euskadi con la expectativa que genera en amplios sectores tradicionalmente movilizados o movilizables la participación de Bildu en estos comicios, tras un largo periodo de ilegalización de la izquierda abertzale.

Sin embargo, la variable organizativa que estamos analizando también tiene mucho que ver. Así, la izquierda abertzale del sur ha estado ausente -creemos que deliberadamente, como muestra el tratamiento casi anecdótico de estas movilizaciones en Gara- en un movimiento

que ha podido ser interpretado como una “colonización externa poco respetuosa con la historia de lucha de este país”. En este sentido, las críticas más mordaces que desde la izquierda abertzale se han lanzado a las dinámicas de los indignados en las plazas vascas estaban centradas, por ejemplo, en la práctica ausencia del euskera en los debates.

Pues bien, mientras que a este lado de la frontera la Izquierda Abertzale, a nuestro juicio, dejaba pasar la oportunidad de ampliar sus aliados a un sector de la población que hasta ese momento no se había movilizado (cosa diferente a lo que, como veremos, sucede con Kukutza), por el contrario, la Izquierda Abertzale de Iparralde va a vislumbrar la potencialidad de una movilización de los indignados en Baiona, convirtiéndose en el motor de la difusión de la iniciativa de las acampadas a los territorios del norte como forma de ampliar su audiencia hacia sectores no nacionalistas pero que pudieran sentirse atraídos por la experiencia del 15-m. Por ejemplo, allí, frente a lo que sucedía a este lado de la frontera, esos militantes abertzales organizaron cursos de euskera para los y las jóvenes, hasta ese momento no socializados en el mundo euskaldun, como forma de acercarlos a la identidad vasca. Y lograron mucho más, en menos de dos semanas.

Así, cuando los servicios antiterroristas acuden a Baiona a detener a la militante de Batasuna Aurore Martin en cumplimiento de una Euroorden de extradición, cinco activistas de la izquierda abertzale se enfrentan a los policías tratando de evitar su traslado al coche policial. En ese momento, las redes comienzan a funcionar y en menos de 5 minutos, decenas de indignados presentes en la plaza central de Baiona, insistimos que muchos de ellos sin apenas contacto previo con la izquierda abertzale –más allá de su efímera relación durante dos semanas de acampada-, acuden a evitar la detención. La policía se ve desbordada y por primera vez en la historia de Euskal Herria, la ciudadanía evita un encarcelamiento.

La lógica de la comunidad, del ágora, de la deliberación, que unos abertzales del norte organizados de forma flexible habían dinamizado, extiende la contienda a sectores a penas concienciados, en repertorios de actuación tan radicales –acaso ha otro más radical- como el evitar la detención de una persona identificada como “terrorista” por su compromiso político en la izquierda Abertzale.

¿Hacia una nueva organización glocal en red?

Si la importancia creciente de la interacción entre lo global y lo local es evidente en la variable de la estructura de oportunidad política, tal y como hemos analizado en el apartado anterior, se hace más complicado tratar de mostrar la forma en que se concreta esta lógica en la dimensión organizativa de la acción colectiva en los ciclos de movilización que emergen a finales de siglo pasado.

Por ello, quizá la forma más adecuada de encarar esta tarea sea tratando de trazar las diferencias organizativas existentes entre los viejos movimientos sociales, los nuevos



movimientos sociales que nacen en la década de los sesenta, y el nuevo movimiento global (Calle, 2005) que se comienza a perfilarse desde 1997. Desde esta atalaya, trataremos de rastrear las diferencias entre los nuevos movimientos globales que se articulan en torno al primer ciclo de movilización global, y las actuales formas organizativas que emergen en las democracias occidentales tras la primavera árabe, explorando la posibilidad de que estemos a las puertas de la emergencia de nuevas estructuras, ahora glocales.

En esta línea, Ángel Calle (2005) aporta una serie de elementos que permiten ver la transición de los viejos movimientos sociales a los movimientos globales que eclosionan a finales del siglo pasado. Comienza desgranando los valores y culturas a partir de las que se sostienen las diversas formas organizativas. Así, los viejos movimientos obreros se asentaban sobre una identidad única o dominante, llegando a interpretarse el comunismo o el anarquismo casi como “una religión secular”, en la que existía una total unidad entre el mundo, el discurso y la militancia. Por su parte, los nuevos movimientos sociales se abrieron a una lógica más autónoma, permitiendo la fragmentación de narrativas y de organizaciones políticas, que si bien no tenían por qué ser totalmente incompatibles, en la mayor parte de los casos no consideraban la necesidad de articulación, de vinculación. Por el contrario, a juicio de Calle, la orientación general presente en los nuevos movimientos globales (el análisis de Calle llega hasta 2005) asume una dimensión vinculante de valores diversos, a partir de una percepción poliédrica y compleja de la realidad, que permite la emergencia de identidades que lejos de cerrarse sobre sí mismas, se buscan, se tocan, se imbrican.

Así, frente al rostro claro, referencial, incomparable, por qué no, imponente, del Che Guevara, con los tiempos, el símbolo de los nuevos movimientos globales transmuta en una capucha, la del Subcomandante Marcos; una capucha que condensa muchos rostros que se conectan simbólicamente. De esta forma, el sustrato epistemológico sobre el que descansan los movimientos varían: unidimensional en los viejos movimientos obreros; plural en los nuevos movimientos sociales; multidimensional en los nuevos movimientos globales. Una multidimensionalidad en la que cada cual es uno y muchos a la vez:

Marcos es gay en San Francisco, negro en Sudáfrica, asiático en Europa, chicano en San Isidro, anarquista en España, palestino en Israel, indígena en las calles de San Cristóbal, chavo banda en Neza, rockero en CU, judío en Alemania, ombudsman en la Sedena, feminista en los partidos políticos, comunista en la post guerra fría, preso en Cintalapa, pacifista en Bosnia, mapuche en los Andes, maestro en la CNTE, artista sin galería ni portafolios, ama de casa un sábado por la noche en cualquier colonia de cualquier ciudad de cualquier México, guerrillero en el México de fin del siglo XX, huelguista en la CTM, reportero de nota de relleno en interiores, machista en el movimiento feminista, mujer sola en el metro a las 10 P.M., jubilado en el plantón en el Zócalo, campesino sin tierra, editor marginal, obrero desempleado, médico sin plaza, estudiante inconforme, disidente en el neoliberalismo, escritor sin libros ni lectores, y, es seguro, zapatista en el sureste mexicano. En fin, Marcos es un ser humano,

cualquiera, en este mundo. Marcos es todas las minorías intoleradas, oprimidas, resistiendo, explotando, diciendo "¡Ya basta!

Finalmente, para Calle (2005), las lógicas entre actores contenciosos varían de forma clara. Así, en el movimiento obrero prima una lógica vanguardista que como hemos visto, impregna el modelo organizativo de la Izquierda Abertzale desde 1968 hasta prácticamente la actualidad. Se desarrollan, de esta forma, estrategias compartimentalizadas, en las que el movimiento obrero se abstrae de cualquier vinculación con otros, como es visible en la tradicional ausencia de reflexión sobre cuestiones como el papel de la mujer o las naciones periféricas (tratamiento que, de hacerse, se realiza en clave instrumental). Por el contrario, los nuevos movimientos sociales, más que una relación basada en el "sobre", la asientan en la disyuntiva, en el conmigo "o" sin mí. En definitiva, paradójicamente, ello lleva a una concurrencia de movimientos, visible en las tensiones entre movimiento obrero y nacionalismo, movimiento obrero y feminismo, o movimiento obrero y ecologismo.

Estos valores, a su vez, se concretan en discursos, los cuales van a tener una importancia capital sobre el modelo organizativo por el que se opta. Así, el movimiento obrero elabora una ideología fuerte y cerrada; un discurso total capaz de explicar la naturaleza y el futuro de la humanidad. El relato, en este sentido, es totalizador y se vertebra desde la dimensión de clase. Como acabamos de ver, la configuración organizativa de la Izquierda Abertzale en la V Asamblea parte de la premisa de que la contradicción principal es la contradicción de entre los trabajadores y la oligarquía, supeditándose a ésta una contradicción particular, la nacional, que se debe superar primero, para después enfrentarse a la principal. Por el contrario, los nuevos movimientos sociales, aunque mantienen una ideología fuerte, no logran alcanzar una visión tan totalizadora, lo que permite la emergencia de nuevos discursos, de carácter más temático, local. Así, el relato duro y cerrado de ETA a finales de los sesenta se abre en los 80, y se extiende a nuevas realidades, como la antinuclear, la feminista, la barrial, la lingüística, siendo su expresión organizativa el nacimiento del KAS y la eclosión de una potente red de movimientos sociales.

En el primero de los casos, el fundamento discursivo se sustentaba sobre la importancia de valores materiales (Inglehart, 1991), basados en el bienestar, la justicia, la igualdad, la seguridad, como son claramente visibles en el primer movimiento vecinal vasco. Pero pronto, en este movimiento vecinal emergen los valores de una sociedad postmaterialista, los valores de los nuevos movimientos sociales, basados en la demanda de expresión, de autonomía, en definitiva de antiautoritarismo (una cuestión ésta, claramente visible en los cambios en el movimiento vecinal de Rekalde, como veremos en el proyecto de investigación).

Por el contrario, para Calle, los nuevos movimientos globales se caracterizan por una ideología abierta y la articulación de un discurso en red. Sobre estas bases, los valores que guían el relato se amplían en términos de profundización democrática en clave radical; una profundización que debe solventar los problemas materiales, pero a la par, facilitar los

expresivos. Todo ello aunado por una exigencia de participación y desarrollo que debe ser interpretado en clave individual, vital; pero también en clave social, comunitaria.

Sobre estos parámetros, se hace más comprensivo el cambio de paradigmas organizativos en cada uno de estos momentos. De una parte, la lógica vertical impregna la fórmula organizativa del movimiento obrero, a partir de modelos profundamente formalizados, asentados en el liderazgo vertical, y articulados en forma de partidos y sindicatos. La composición social de este movimiento es homogénea, basada en la preeminencia de la clase obrera y la negación de contacto con las infraclases y la burguesía. La estrategia, en consecuencia, pasa por una lógica de suma en la clase trabajadora, que comienza con la “toma de conciencia”. Esta, precisamente, es la perspectiva que impregna a ETA en la década de los 60, explicando el modelo de dirección simbólica que esta organización ejerce sobre la izquierda abertzale en las décadas posteriores. Así, en la V Asamblea de ETA, tras aceptarse los principios marxistas de análisis de la realidad, se parte de la consideración de que la contradicción principal es la que enfrenta a la clase trabajadora con la burguesía, aunque ésta contradicción se concreta en nuestras tierras en otra contradicción, fundamental, que es la que enfrenta a Euskadi con España. Desde esta perspectiva, primero será necesario alcanzar la independencia, para desde allí dar el salto al socialismo (en contraposición con sus posteriores escisiones “españolistas” que priorizan el socialismo a nivel estatal). En cualquiera de los casos, desde esta perspectiva, ETA se erige en la vanguardia del Pueblo Trabajador Vasco, el cual posteriormente “cristaliza” organizativamente en los colectivos de la izquierda abertzale.

En el caso de los nuevos movimientos sociales, a juicio de Calle, los grupos dinamizadores son colectivos que nacen de la sociedad y se orientan a articularla y generar demandas específicas. La composición de estos grupos, a diferencia de los del movimiento obrero, se basa en la importancia de sectores de las clases medias, con altos niveles de educación formal. En línea con lo ya apuntado por Cohen y Arato, para Calle también, estos nuevos movimientos sociales orientan su audiencia en forma de presión hacia las instituciones, y en forma deliberativa al conjunto de la sociedad.

Finalmente, los nuevos movimientos globales se definen a partir de su configuración como red de redes. Así, como relata Calle (2005) para el caso español, las redes que comienzan a emerger en la década de los 90 (red para la abolición de la deuda externa, comités de solidaridad internacional, ATTAC, el Movimiento de Resistencia Global), “*comienzan a buscarse*”, a conectarse a escala global gracias a las oportunidades que genera, 1) siguiendo el modelo experimentado por los Zapatistas, el surgimiento del Foro Social Mundial (extendido luego a escala continental, estatal y autonómica) de una parte, y, de otra, 2) siguiendo la estela de las movilizaciones de Seattle, el ciclo de manifestaciones y cumbres alternativas que se celebran en este periodo. Respecto a la composición social, para Calle, el movimiento amplía su base activista hacia sectores precarizados de las clases medias, hacia sectores de la clase obrera no excluidos, y hacia espacios territoriales o sectoriales marginados por el sistema (naciones, indígenas, mujeres, campesinos). Finalmente, la lógica ofensiva asume un carácter fundamentalmente expresivo, concretado en el intento sistemático de bloqueo de las

instituciones internacionales, mientras que la dimensión defensiva se orienta hacia la sensibilización y la participación.

En este contexto, y tratando de cerrar este balance histórico, con la vista puesta en la evolución de este movimiento global, podrían apuntarse dos déficits organizativos de este ciclo que va de 1997 a 2005, que como veremos, pueden ser el espejo inverso de las formas de articulación del nuevo ciclo de movilización global. Como hemos señalado, la formulación organizativa del primer ciclo de movilización se caracteriza por una preponderancia de lo global sobre lo local, en un contexto de relativo cierre de oportunidades en el nivel territorial, que se concreta en la debilidad de las asociaciones locales. Sin embargo, a pesar de su fortaleza inicial, las dos formas de articulación más acabadas a escala global, la de los Foros y la de las Cumbres, muestra para mediados de la pasada década sus limitaciones: de una parte las derivadas de las diferentes visiones de los actores que conforman la infraestructura del movimiento; de otra parte, las de carácter operativo.

Así, ya a comienzos de siglo se visualizan tres posiciones que resume Calle (2005: 58), aunque, como advierte, deban ser consideradas con matices: por una parte, para las redes internacionales más formalizadas y con más recursos, como es el caso de ATTAC, los Foros Sociales Mundiales constituyen una esperanza y una alternativa; por el contrario *“para los partidarios de la convergencia”* pero que demandan más radicalidad, se ve como *“un evento simbólico”*, pero *“políticamente poco operativo”*; finalmente, para los espacios más cercanos al anti-capitalismo basados en la acción directa local *“el FSM cumple una función legitimadora dentro de la estrategia de “márquetin” de partidos socialdemócratas y grandes ONGs”*.

El balance de Calle, aunque en el contexto de 2005 (cuando finaliza su obra) trata de mantener cierto optimismo en sus perspectivas de futuro, antecede la crisis posterior del movimiento; más aún, visto con la distancia del tiempo, su reflexión ya apunta algo que pronto se hace evidente: el contraste entre las expectativas despertadas y los resultados conseguidos. Así, este autor, en 2005, considera que *“el FSM se revelaría entonces como una estructura de participación más destinada a impulsar encuentros (formales y “de pasillo”) y a emitir regularmente un mensaje genérico contra los “desmanes” de la mundialización (...) al mismo tiempo que se apela a seguir con el diálogo con los movimientos sociales”* (ibíd., 59).

Junto a esta cuestión, añade, la paulatina cooptación de estos foros por partidos socialdemócratas y sindicatos tradicionales, además de otras organizaciones con más recursos (si se me permite la irreverencia, nadie de un tejido social tan rico como el de mi barrio, Rekalde, ha estado en ninguno de estos Foros; más aún, con el presupuesto de asociaciones que realizan centenares de actividades al año en Rekalde no se habría podido pagar ni el billete de avión para una delegación) se une a un deslizamiento de la legitimidad inicial, que *“se va obteniendo más por razones de impacto mediático externo y de capacidad logística, en lugar de ser valorados por su potencialidad para erigirse en referentes prácticos de democracia radical”*, lo que, de forma profética, lleva a Calle (2005: 61) a concluir que puede generar serias dificultades a su *“viabilidad como nuevas y extensas formas de coordinación internacionales”*.

La segunda limitación organizativa global va a estar vinculada con el repertorio del movimiento, pero también con las estrategias del oponente: así, las cumbres manifiestan un alto grado de impacto en sus primeros momentos. No obstante, aprendida la lección, los gestores de la economía internacional comienzan a desplazarse a recónditos rincones del planeta, dificultando o imposibilitando las manifestaciones. Por otra parte, a nuestro juicio, la irrupción con fuerza del *Black Block* en un contexto de creciente relevancia mediática, así como los dramáticos sucesos de Génova, suponen un punto de inflexión que lejos de legitimar, descertifica externamente al movimiento y lo divide internamente. Desde esta perspectiva, el impacto objetivo del movimiento es bastante reducido en occidente, de forma que los éxitos se sostienen más en el plano ético que en el político (Pastor, 2007)

Así las cosas, la dimensión global del movimiento pierde fuelle, pero paradójicamente, permite un proceso de “*sedimentación*” (Calle, 2005) que con el paso del tiempo facilita una lenta, pero inexorable re-vertebración del eslabón local, que a comienzos del ciclo de movilización había mostrado una importante debilidad. Así, en nuestra perspectiva, con el reflujó del plano global del movimiento altermundialista, comienza un periodo refundacional a escala local, de forma que paulatinamente van emergiendo nuevas experiencias de coordinación (*Rompamos el silencio*), de difusión (*Diagonal*) y de ofensiva (redes que realizan campañas contra multinacionales...) (Pastor, 2007).

Entre los elementos propios de esta sedimentación, a juicio de Pastor, hay uno que consideramos fundamental para entender el nuevo ciclo que se abre hace un año: el papel de las ciudades como espacios de conflictividad en las que “*lo glocal conoce su plasmación cotidiana*”. Comienzan a articularse, así, amplias coaliciones entre movimientos juveniles, tercer sector y envejecidos movimientos vecinales (brillantemente analizadas en el caso Catalán, Navarro y Vasco por Tellería -2012-). En este sentido, Pastor apuntaba ya entonces (2007) una línea que, aunque en aquél momento se planteaba como *desiderátum*, como se ha manifestado recientemente, se ha hecho realidad. Decía en ese momento que “*la posibilidad de que estas actividades lleguen a confluír con las que se dan contra la precariedad, por una vivienda digna o a favor de los derechos inmigrantes, está todavía por ver*”. Pues bien, precisamente, ésta ha sido la vía que como veremos a continuación, ha permitido mantener la estructura organizativa que se improvisa en España cuando “*el topo sale a tomar (el) Sol*”, para después, replegarse a los barrios...

Pero, la capacidad de prefigurar el futuro de Pastor no se detiene aquí. Reproducimos otras reflexiones que abren la vía de entrada para encarar el modelo organizativo del nuevo ciclo de movilización, ahora, creemos que claramente glocal. Así, a su juicio, el movimiento altermundialista nace en España en

un contexto en el que el horizonte y las expectativas de cambio radical son muy distintas a las de épocas pasadas -especialmente si nos referimos a los años 60 o a los que, en nuestro caso, se vivían ante la caída de la dictadura-, este movimiento está dando mucha mayor relevancia que entonces a la dimensión ética, expresiva o simbólica de sus luchas que a la meramente instrumental o cortoplacista en su

confrontación con “el sistema”. De ahí también que en los núcleos más activos y pensantes de este movimiento se encuentre una preocupación mayor que en las anteriores generaciones por demostrar coherencia entre lo que se dice y lo que se hace en la defensa de “lo común”, no siendo ajeno a todo esto la influencia que en muchos de ellos ha podido tener la “vieja-nueva cultura” de los movimientos de los pueblos indígenas de América. Son estos “nuevos sujetos” los que han obligado, además, a un cambio de mirada no sólo del presente sino también de un pasado colonialista, racista y eurocéntrico que tiene que ser revisado para ponerse al servicio de una cosmovisión alternativa que, en palabras zapatistas, permita construir un mundo en el que quepan todos los mundos (Pastor, 2007: 52).

Quizá en estas palabras resida el tremendo reto organizativo al que se enfrenta el movimiento que pueda emerger del nuevo ciclo de protesta: la coherencia entre lo que se dice y lo que se hace en defensa del “bien común”. Coherencia como premisa organizativa, con sus limitaciones, como veremos; defensa del bien común como horizonte discursivo; un mundo en el que quepan todos los mundos como marco maestro.

La emergencia del ágora mundial.

Ciertamente, resulta imposible aprehender la riqueza en las formas organizativas de un movimiento de contestación tan heterogéneo como el que ha irrumpido recientemente. Precisamente por su difusión internacional, las formas organizativas son plurales, y deben contextualizarse tanto en la tradición de cada país, como en las innovaciones que permite cada implosión contenciosa. Por otra parte, la cercanía en el tiempo nos impide tomar una perspectiva templada que aleje del conyunturalismo a nuestro análisis. Sin embargo, creemos que las formas organizativas que emergen en la actualidad, lejos de responder a cuestiones coyunturales, anclan profundas raíces con las lógicas de nuestros tiempos. Por otra parte, el papel central que en todo este ciclo de movilización ha supuesto la “toma de las plazas” prefigura unos contornos organizativos que bien podrían ser identificados como comunes en contextos claramente diversos.

En cualquiera de los casos, siendo imposible un análisis organizativo comparativo de la acción colectiva en este nuevo ciclo rebelde en cada contexto, optamos por centrar nuestra mirada en el esquema que se visualiza en las movilizaciones del 15-m, en la medida en que sigue en parte la lógica iniciada en los países árabes, especialmente concretada en la toma de la Plaza Tahrir en Egipto, y porque parece haberse difundido después a EEUU, Israel, Grecia, etc...

Decíamos que existen elementos estructurales, que parecen mostrar que las prefiguraciones organizativas a las que se ha asistido con la eclosión del movimiento de los indignados responden a lógicas de largo alcance. Efectivamente, en este sentido pueden salir a nuestro rescate las reflexiones de Zygmunt Bauman sobre las nuevas formas de relación en esta sociedad líquida, que el autor analiza explícitamente para el caso de la juventud. Así, el filósofo

polaco considera que frente al paradigma de la fraternidad propio de la sociedad dura, en esta sociedad líquida, la relación comunitaria se fundamenta más en la lógica de la red.

Como ya analizábamos en paralelo a la transformación de la demanda de igualdad en paridad, para Bauman, la sociedad líquida se caracteriza por el desplazamiento del concepto de al de “red”, de forma que

si la fraternidad implicaba una estructura preexistente que predeterminaba y predefinía las reglas vinculantes para la conducta, las actitudes y los principios de la interacción, las redes carecen de historia previa: nacen en el transcurso de la acción y se mantienen con vida gracias a sucesivos actos comunicativos. A diferencia del grupo o de cualquier otra clase de “todo social”, la red es de adscripción individual y está centrada en el individuo: el individuo focal, el centro, es su única parte permanente e irremplazable. (Bauman, 2010: 173)

Desde su perspectiva, como apuntábamos en las páginas precedentes, estas redes están conectadas por lazos extremadamente frágiles, fluidos; tanto como la identidad central de la red. En consecuencia, el sentimiento de pertenencia “*deviene en sedimento (blando y movedizo) de identificación*” (ibíd., 174), lo que se concreta en que, especialmente las generaciones más jóvenes, asumen una lógica en la que su recorrido vital es una constante renuncia al pasado sin perspectiva de futuro, de tal suerte que se impone el presente y el principio del placer.

Como vemos, la perspectiva de Bauman no apunta al optimismo, en la medida en que las lógicas de la red se asientan en principios voluntaristas que impiden la estabilidad. En última instancia, en su reflexión, subyace la lógica contractual, inestable y profundamente basada en el individualismo de su concepción de la sociedad líquida. Sin embargo, creemos que los nuevos acontecimientos están mostrando que este modelo que transforma la fraternidad en red, puede tener un camino de vuelta en el que la red transmuta en fraternidad.

Fernández et al (2012b) sintetizan esta nueva lógica:

El 15-m está suponiendo una profunda alteración de las prácticas de contestación social. Y es que este movimiento marca ya un estilo, un modus operandi que, de alguna manera, ha venido para quedarse. Los nuevos lenguajes, las metodologías assemblearias, el tipo de comunicación empleado no son descubrimientos propios de este movimiento. Pero es a través de él que han conseguido saltar desde el campo de las minorías activistas y movimentistas a un público más general. Por eso, precisamente, el “estilo” 15-m marca una impronta para la organización y desarrollo de cualquier espacio de resistencia.

Siguiendo el esquema de Bauman, en el que la lógica de la interacción es la red, el 15-m supone un salto respecto al ciclo de movilización global precedente. La red planetaria se ha hecho local. Lo que, como veremos, permite que la socialización no quede en manos de los medios de comunicación, como en el anterior ciclo, sino que se haga carne en la plaza. Desde

allí, asciende al plano global en nuevas formas de coordinación en red internacionales. Para bajar de nuevo, en paralelo, a los barrios, espacios en los que el sedimento simbólico de las acampadas se hace operativo, se rearticula, ahora de forma más fuerte, y logra impactos reales. Vayamos por partes.

La potencia de la red

Ciertamente, el 15-m no podría entenderse sin la existencia de dinámicas previas, que como hemos vistos, se sedimentan durante años. Tampoco podría entenderse sin “actores madrugadores” como Democracia Real Ya o Juventud sin futuro. Ni tampoco podría entenderse sin una estructura de oportunidad propicia, marcada por la incapacidad de implementación de políticas públicas, especialmente relacionadas con el empleo, y por los alineamientos inestables que se preveían en las jornadas electorales previas. En paralelo, tampoco podría entenderse sin la difusión de oportunidades que genera la primavera árabe. Pero, si hay un elemento clave para entender esta implosión, éste es la capacidad de acceso que permite internet.

Pero el papel de la red no descansa solo en la difusión de las convocatorias iniciales. Su papel es más profundo, ya que *“el uso masivo de cierta forma de trabajo y comunicación durante años ha favorecido la in-corporación en nuestro cotidiano de ciertos principios fundamentales como la comunicación horizontal, la importancia del intercambio, la eficacia de la descentralización y la necesidad de cooperación”*

La conciencia de que la red es un producto colectivo, basado en el compartir los contenidos generados de forma autónoma por miles de personas, crea la base de otra forma de entender la producción, la información y las relaciones sociales. Internet es la materialización de la inteligencia colectiva; una vez comprobado que funciona, todos los discursos sobre la necesidad de jerarquía y orden se vuelven ideología barata (Colectivo Madrilonia, 2012).

Esta lógica en red, en consecuencia, comienza a mostrar unas potencialidades para la acción colectiva que Bauman parecía despreciar. Este colectivo, por ejemplo, se pregunta por qué tanta gente apoya al 15-m, cuál es su potencia. Precisamente, la respuesta está en su carácter abierto y descentralizado: *“el movimiento es una red con multitud de nodos donde el centro no existe. La iniciativa es cambiante y la fuerza se concentra en determinados momentos. Hay propuestas que se replican de acuerdo a parámetros de eficacia, pero también de creatividad. Los niveles de participación son cambiantes, la gente entra y sale, alguien puede tomar mayor responsabilidad en determinado momento y retirarse después”*. Y es que, la lógica, no es la defensa numantina del territorio *“cueste lo que cueste, sino que lo importante es la participación, que cualquiera pueda entrar y salir”* (ibíd., 63).

En paralelo, la importancia creciente de la red, visible en la irrupción y configuración del 15-m, rompe de raíz con las lógicas interpretativas de muchos acercamientos al estudio de los movimientos sociales, que siempre tratan de rastrear actores racionales, empresarios movimentistas, lógicas de manual que cada vez encajan menos en una realidad crecientemente compleja. Zapata (2012) no sin ironía, se pregunta por quién inventó el “pásalo”, quién, cómo y dónde se decidió la movilización del 15-o, respondiéndose que siempre habrá alguien que diga “fui yo” (aunque pronto, sea otro el que diga también “fui yo”). Señala, que éstas son respuestas satisfactorias que pueden llenar egos, que sirven para trazar narraciones lineales de los acontecimientos, porque *“es más fácil pensar que hay un plan que una gran improvisación”* (2012: 90).

Reconociendo no tener pruebas, no obstante, Zapata se aventura manifestar una sensación: *“creo que la movilización del 15-o marca un nuevo punto de organización de las redes sociales y el movimiento 15-m. La clave es que ha habido a la vez un gran plan, una narrativa lineal, y una gran improvisación. Un caos creativo”*. Es cierto que hubo reuniones de coordinación, comisiones de extensión internacional, coordinadoras preexistentes al 15-o, dice, pero *“nada de eso explica la proliferación del movimiento y, sobre todo, nada de eso explica la construcción colectiva de la convocatoria y su éxito apabullante en el Estado Español”*. Para entenderlo, añade, hay que buscar pistas en las dinámicas de las redes, que sintetiza Zapata: 1) hay una jerarquía de redes sociales, de forma que la legitimidad de los tweeters (número de seguidores de @acampadasol, por ejemplo) refuerza la legitimidad de unas informaciones u otras; 2) la movilización del 15-0 tiene su propia cartelería, su propia web, su propio imaginario, al presentarse como un capítulo que engarza con los anteriores, pero presentan una novedad, una épica propia (encajando así con la perspectiva del tiempo puntilloso que analiza Bauman para la juventud, pero convirtiendo ahora sus debilidades para la acción colectiva en potencialidades). #mareaverde, @stopdesaucios –y, en este contexto, como veremos en el proyecto de investigación #kukutzaitubez- no son convocatorias, *“son fragmentos de una narración particular y a la vez colectiva”* (ibíd., 91); 3) los medios de comunicación legitiman la movilización, no por la vía de la opinión, sino de la atención; 4) como prueba de la autoría colectiva, no hay balance, análisis o valoración a posteriori.

El ágora deliberativa

Las fórmulas experimentadas en Tahrir cruzan el mediterráneo y se extienden a Sol. Y luego cruzan el Atlántico y se difunden a EEUU. Como sucede con el 15-m, Occupy Wall Street también se dota de la asamblea como centro articulador de la organización y mimetiza otros muchos de los elementos ya presentes en el 15-M: la apertura de la asamblea al mundo y su facilitación a través del consenso o la mayoría aplastante, la proliferación de grupos de trabajo (75 en Nueva York) cuyas decisiones se discuten en la asamblea general, el rechazo a mecanismos de democracia representativa, el carácter rotativo de las portavocías.

En el caso español, como apunta el colectivo Madrilonia *“el 15-m va más allá de una crítica al establishment (...) y apunta a la voluntad de ser protagonistas de la democracia”*. Es la antítesis de la realidad: la asamblea y el debate por el “bien común” frente a las lógicas particularistas e interesadas de los grandes partidos y los grandes grupos de comunicación; la horizontalidad y la transparencia frente a sus modelos opacos y jerárquicos; la información y el disenso como oportunidad en vez de amenaza:

Nunca se habían visto asambleas en la calle y las plazas como hasta el 15-m. Asambleas masivas, comisiones y grupos de trabajos poblaban Sol y plazas aledañas. Desde el primer día comenzó a formarse un corpus asambleario: grupos de dinamización, artistas, personas que tomaban la palabra... a la búsqueda de consensos contruidos a partir de propuestas y disensos: del debate colectivo saldrían las mejores ideas, moldeadas por matices a favor y en contra. Gente que nunca había hablado en público, y se disculpaba por sus nervios, era acogida y aplaudida por los demás. Porque cada asamblea era una celebración. Se inauguraba la posibilidad de que nosotros decidiéramos nuestro propio destino (colectivo Madrilonia, 2012: 61)

Más aún, en la experiencia de Madrid, la organización asamblearia se establecer mecanismos que impiden la instrumentalización: decisiones en asamblea, abierta y pública; preparación de éstas en grupos de trabajo, abiertos y públicos; actas colgadas en la red; figuras visibles y portavoces rotativos, que pasan “a la última fila”; capacidad de censura de la asamblea a las extralimitaciones de portavoces. En definitiva *“cada persona es un nodo de información, que da cuenta desde su punto de vista del devenir del movimiento”*, de forma que la manipulación colectiva es imposible.

No obstante, como advierte Arruzza (2012), la coherencia entre lo que se hace y se dice que demandaba años antes Pastor (2007), el intento de unificar discurso y práctica (que, en parte, era uno de los déficits de las estructuras participativas y democráticas globales que sin embargo limitaban mucho el acceso a quienes no pertenecían a las elites movimentistas) no debe interpretarse como *“la atención casi paranoica al detalle procedimental”* (2012, 112), ya que no debe confundirse, señala, democracia con consenso y, por tanto, con procedimiento, ya que *“al final, el procedimiento consensual se divorcia de su contenido, o dicho de otra manera, se convierte en su contenido”*. Más aún, esta práctica consensual llevada al extremo puede ser peligrosa, ya que implica una disponibilidad de tiempo que acaba siendo más excluyente que inclusiva, ya que impide la participación de aquellos que no tienen disponibilidad para asistir a interminables debates; además permite la instrumentalización por parte de colectivos fuertes que cuentan con profesionales que pueden tomar la iniciativa; y finalmente, esa práctica del consenso puede tender a *“cultivar la ilusión de una homogeneidad imposible que sería incluso contraproducente en caso de lograrse”*.

Un campo magnético

Pero, a pesar de sus limitaciones, como decíamos, la potencialidad de este modelo estriba en que el tránsito de la fraternidad a la red permite atraer a gente, para, gracias a la experiencia deliberativa, hacer el recorrido de vuelta: de la red a la fraternidad. Así, a juicio de Zapata (2012) *“el uso que el movimiento 15-m ha construido en redes sociales ha generado una cultura compartida, un sentirse parte de lo mismo que produce un campo magnético, un campo de atracción y sobre todo, un sentido colectivo de lo que está pasado”*. Son sentidos colectivos, dice, que no se reducen a símbolos o logos, sino que tienen una conexión *“más profunda y material”*, lo que explica que los intentos de los partidos tradicionales por reproducir este modelo no funcionen de la misma manera (incluso, como hemos visto recientemente con la campaña de Loewe, pueden ser el punto de partida para una inmensa carajada colectiva en la red).

Esa producción del campo magnético funciona de forma horizontal y distribuida, en un proceso de selección continua y de descartar aquello que se encuentra fuera del sentido común del movimiento. Ese proceso de filtrado difícilmente se puede imponer, sino que tiene más que ver con un ejercicio de escucha y de respirar con el movimiento que con una *“intervención”* en términos clásicos (zapata, 2012: 87).

Así, es la propia comunicación la que organiza en el marco de ese campo magnético. Por ejemplo, como narra Zapata, la iniciativa de un colectivo de Foto-activistas para localizar los encierros en los institutos al objeto de fotografiarlos, cobra vida propia tras colgar en la red un google-docs, de forma que la noticia se difunde por las redes, no solo para que los encierros se identifiquen, sino impulsando nuevos encierros en sitios en los que previamente al conocimiento de esta herramienta de localización no existían.

En última instancia, el campo magnético funciona porque se asienta en la *“interpelación de los iguales”* (Colectivo Madrilonia, 2012). Ejemplo de ello es el manifiesto fundacional de Democracia Real Ya:

Somos personas normales y corrientes. Somos como tú: gente que se levanta por las mañanas para trabajar, para estudiar o para buscar trabajo, gente que tiene familia y amigos. Gente que trabaja duro todos los días para vivir y dar un futuro mejor a los que nos rodean (...). Unos nos consideramos más progresistas, otros más conservadores. Unos creyentes otros no. Unos tenemos ideologías bien definidas, otros nos consideramos apolíticos... Pero todos estamos preocupados e indignados por el panorama político, económico y social que vemos a nuestro alrededor. Por la corrupción de los políticos, empresarios y banqueros... por la indefensión del ciudadano de a pié

Esta interpelación de los iguales se concreta no solo en los discursos, sino en una práctica ya presente en Tahrir (Antebi y Sánchez, 2012) y que se extiende a Sol: en la ausencia de banderas y etiquetas, en la ausencia prácticamente de siglas políticas, en que en las asambleas se habla como personas y no como miembros de colectivos. La experiencia de las plazas,



señala el Colectivo Madrilonia *“muestra una doble identificación. Por un lado “nosotros entre nosotros”: los que me rodean en una asamblea o en una manifestación son iguales a mí, hablan y piensan como gente normal, son como mi primo o mi vecina. Por otro lado “nosotros frente a los de arriba”*

La gente que comparte las asambleas o los eventos se ve afectada por los mismos problemas y tienen claro que quieren más democracia, pero siempre reconociendo y respetando la diversidad ideológica de los demás. El efecto que eso provoca es el de igualdad de partida, de una comunidad de intereses, de una empatía general (Colectivo Madrilonia, 2012: 59).

Por ello, la lógica del campo magnético va más allá de lo meramente organizativo, de su valor de atracción. El campo magnético es un campo socializador. Como decíamos, si uno de los impactos del primer ciclo movilizador fue la difusión del discurso altermundialista a nuevos espacios, la gran opinión pública mundial -más allá de las redes de activistas o simpatizantes, que contaban con sus propios recursos- llegaba a ellos por la mediación de unos medios de comunicación que difundían -y filtraban- el mensaje que se lanzaba en el ámbito global (Foros, contracumbres) a lo local y lo individual a través del seguimiento de las noticias. Sin embargo, ahora la comunicación se encarna, se hace tocable, está allí, “a tu lado, en tu plaza”. La comunicación se hace directa; ya no hay mediaciones interesadas entre el mensajero y el receptor. Y el mensaje cala. La plaza, el ágora, muestra su verdadera dimensión educativa.

Durante las movilizaciones en España, los redactores (VVAA, 2011) de la revista Cuadernos de Pedagogía (nº. 414), se acercan a Sol y Plaza Catalunya y preguntan. Emilio, de 55 responde que *“la movilización está sacando unas necesidades de comunicación entre unos y otros que estaban escondidas”*. Fernando, de 28 años, apunta que en la plaza *“estamos pensando en grupo. Antes no sabía que era exactamente el neoliberalismo, ahora he tomado conciencia (...). He aprendido a organizar debate y a hablar en público”*. Jaime, de 26 años destaca que se aprende en la plaza, y que los errores que se comenten (en su caso, por ejemplo, la dificultad para coordinar asambleas multitudinarias) descansa en que *“no sabemos hacerlo mejor porque nadie nos ha enseñado a practicar la democracia; tampoco en la escuela nos enseñaron a hacerlo”*. Pero en la plaza aprende. Juan, de 61 años considera que *“en este espacio gobierna el protagonismo de las personas y la legitimación de la utopía”* y lo que más le impresiona es *“el respeto y el cariño entre la gente que he vivido estos días. Lo que llaman revolución está marcado por la alegría y el carácter integrador del movimiento”*. Y, con la experiencia que da la edad, analiza retrospectivamente su pasado: *“en mi juventud pertenecíamos a partidos de izquierdas que solo se disputaban para ganar la representación de los movimientos sociales. No aprendíamos de los otros. El movimiento 15-m me enseña cómo se puede gestionar el tipo de movilización y democracia en el que creo”*. Jordi, de 63 años apunta cómo *“aquí no se habla de ideologías, se habla de problemas concretos. Aquí hay de todo, parados, okupas, precarios y otros resistentes”* (VVAA, 2011: 17).

Emilio reflexiona: *“uno se cree que maneja las ideas con exclusividad y no se da cuenta de que forman de un cuerpo más amplio. En esta sociedad hay gran cantidad de individuos que llevan un agente movilizador dentro y no lo saben todavía, aquí los he visto”*.

He visto a un rastafari peludo con su perro aplaudiendo a un anciano y al anciano devolviéndole el aplauso. He alucinado, en las asambleas, viendo expresarse a individuos que en la vida pensarías que serían capaces de decir tres frases seguidas. Los he visto con sus porros, pero lo que no imaginábamos es que llevaban un libro de reflexión política en su mochila. Y esto es estupendo porque derriban prejuicios y nos interrelacionamos mejor. He visto madres emocionadas: *“yo creía que no hacíais más que beber cerveza y fumar porros, y veo que también pensáis y opináis”*.

Campo magnético hacia afuera. Campo magnético hacia adentro. Si Emilio ve el impacto en el exterior, Fernando lo ve en su interior:

He encontrado un espacio en el que se pueden plantear problemas y llegar a acuerdo. No sé si es el espacio más adecuado pero sí sé que mi percepción de la sociedad ha cambiado radicalmente. Esto es medicina para el alma, soy mejor persona desde que vengo aquí. No me cansaré de seguir en la calle (ibíd., 14)

¿La organización glocal?

“Que no se apague el Sol” decía una de las pancartas... ¿Cómo conjugar esta espontaneidad creativa, transformadora, magnética, con la eficacia, el impacto? ¿cómo evitar que la espontaneidad se diluya? ¿Cómo impedir que la implosión sedimente y se disuelva? Si Tarrow hubiera estado en Sol, a buen seguro se habría sentido atraído por el campo magnético. A buen seguro se habría acordado de su insistencia en lo “episódico” de la acción colectiva. A buen seguro, se habría preguntado, ¿cómo evitar que se apague (el) Sol?

La respuesta no es sencilla. Pero podemos apuntar alguna pista. Una pista que pasa por ver esta experiencia como la pareja que completa y cierra el círculo iniciado con el primer ciclo de movilización. Si ese nace global, este nace local. Si ese fue para muchos virtual, este ha sido, para cientos de miles de personas, real. Si ese se formalizó, este nace informal.

Cómo dotar de contenido global a lo local es una pregunta que la ha respondido la experiencia, el camino: a través de la difusión. Pero, ¿cómo salir de la profecía de Tarrow a nivel global?, ¿cómo dejar de depender de las aperturas caprichosas de la oportunidad local, en un contexto de apertura global, para mantener encendida la llama? La respuesta la dio la movilización del 15-O. Ciertamente, de acuerdo con Zapata, no importa cómo nació. Lo que importa es que se dio. Pero, de ahora en adelante, lo que importará es cómo se volverá a dar. De hecho, mientras corregimos estas líneas acabamos de tener noticia de una nueva convocatoria mundial para el 12 de mayo...

No tenemos respuestas para el futuro. Pero a buen seguro, el éxito de la iniciativa internacional del 15-O ha impulsado otras como la del 12-m... Y se impulsarán otras... De eso estamos seguros. Lluve sobre mojado. La jornada mundial de protesta contra la guerra fue un éxito cuantitativo. La del 15-o, desde el punto de vista de los números no alcanzó lo anterior. Pero desde el punto de vista cualitativo se asienta sobre una atalaya más potente. Ya no es una respuesta defensiva. Es una respuesta ofensiva. Y, más aún, ya no es un difuso sentimiento, en este caso contra la guerra. Ahora hay un nuevo marco que aúna millones de personas. Ha nacido un nuevo sujeto que se auto-reconoce, un nosotros abierto: los y las indignados que representan al 99% frente al 1%. Es un salto de gigante respecto a la anterior movilización internacional contra la guerra. El 12-M continúa con una gran pregunta... *“¿Un nuevo comienzo?”...*

Sí tenemos más respuestas, en el ámbito que más conocemos, para encarar la pregunta de cómo evitar el reflujo a escala local. Y, más importante aún, para encontrar pistas que muestren que es posible un camino que partiendo de la espontaneidad se consolide; que concrete una difusa indignación en la práctica. Que dote de contenido, que estabilice, que refuerce las prácticas organizativas que se exploraron en las plazas. Y sobre todo, que logre impactos reales. Una necesidad, que obliga a que sea *“la discusión política y la imaginación colectiva”* la que trace un camino que convierta la indignación *“en energía histórica”* (Delgado, 2011). Quizá la salida por la que se optó tras la implosión de Mayo tuvo mucho que ver con las advertencias que Delgado avanzaba en la misma Plaza Catalunya durante aquellas jornadas, advirtiendo de lo que identificaba como el peligro ciudadanista. A juicio de Delgado

El ciudadanismo suele concretarse en movilizaciones masivas destinadas a denunciar determinadas situaciones consideradas injustas, pero sobre todo inmorales, y lo hace proponiendo estructuras de acción y organización lábiles, basadas en sentimientos colectivos mucho más que en ideas, con un énfasis especial en la dimensión performativa y con frecuencia *“artística”* o festiva. Prescindiendo de cualquier referencia a la clase social como criterio clasificatorio, remite en todo momento a un difusa ecumene de individuos a los que unen no sus intereses, sino sus juicios morales de condena o aprobación

Esas formas de movilización prefieren modalidades no convencionales y espontáneas de activismo, protagonizadas por individuos conscientes y motivados, pero desafiados, que viven la ilusión de que han podido escapar por unos momentos de sus raíces estructurales, desvinculados de las instituciones, que renuncian o reniegan de cualquier cosa que se parezca a un encuadramiento organizativo o doctrinal, que proceden y regresan luego a una especie de nada aestructada y que se prestan por unos días u horas como elementos primarios de uniones volátiles, pero potentes, basadas en una mezcla efervescente de emoción, impaciencia y convicción, sin banderas, sin himnos, sin líderes, sin centro, movilizaciones alternativas sin alternativas que se fundan en principios abstractos de índole esencialmente moral y para las que la conceptualización de lo colectivo es complicada, cuando no imposible.

A su juicio, de acuerdo con esta lógica ciudadanista, *“se genera así, durante el lapso en que la movilización se producen una especie de refugio en que vivir una emancipación en última instancia ilusoria de la gravitación de las clases y los enclavamientos, una victoria momentánea de la realidad como construcción interpersonal sobre lo real como experiencia objetiva del mundo”*. Pero, el problema, decía Delgado en la misma Plaza Catalunya ante centenares de indignados e indignadas, es el peligro de que *“la gran movilización (...) devenga un ejemplo de este tipo de grandes convulsiones colectivas inspiradas y orientadas por lo que en la práctica puede ser una mera crítica ética del orden económico y político que padecemos, estructurado vagamente en torno a una no menos vaga denuncia de una entidad abstracta, casi metafísica, que es “el sistema”*. Prácticas que, finalmente, desaparecen, se diluyen *“cuanto la intensidad de la emoción colectiva que nos reúne ahora y aquí se vaya amortiguando y cuando -y no quepa duda de que esto ocurrirá dentro de unos días- los medios de comunicación dejen de considerarnos “interesantes” y los políticos de expresar una cierta simpatía y comprensión ante el malestar que nos congrega esta mañana”*. Es imprescindible, pues, trazar un camino que evite que estas implosiones se extingan *“sin dejar tras de sí otra cosa que un vacío y una inanidad”* de las que podemos ser víctimas durante mucho tiempo.

En este sentido, la decisión de trasladar la experiencia a los barrios se ha mostrado un acierto. En los barrios estaban miles de pequeñas asociaciones, cada vez menos aisladas, que ahora han visto cómo el campo magnético de la experiencia del ágora les alimenta.

Siete meses más tarde ya no vivimos en las plazas pero seguimos trabajando con tesón en nuestros barrios, en nuestros pueblos, en nuestro entorno más inmediato. El principal valor del 15-m ha sido su capacidad de involucrar en la práctica política a una enorme cantidad y variedad de personas que hasta hace solo unos meses habían observado los efectos de la crisis desde la distancia. Su verdadera importancia yace, a día de hoy, en la inesperada gestación de una nueva generación de disidentes, de luchadoras, de políticos profanos. Estos nuevos actores socio-políticos no se configuran siguiendo recetas ni manuales. Lo hacen mediante la reflexión, el debate, y lo más importante, mediante la praxis (Fernández et al, 2012b: 42).

Estamos hablando de la praxis contra los desahucios, que ha conseguido paralizar centenares de atropellos, mostrando a muchas personas antes no politizadas que no se trata de problemas privados, que es posible pararlos, que *“tu vecino y vecina te necesita”*. Estamos hablando de los miles de adolescentes que participaron en las movilizaciones en defensa de Kukutza y asistieron perplejos a una brutalidad policial que les marcará para siempre. Estamos hablando de los niños y niñas del Instituto Luis Vives en Valencia, que sacaron a la calle a decenas de miles de personas. Estamos hablando del referéndum sobre el agua en Madrid. Estamos hablando de la marcha verde. Estamos hablando de la relación entre estudiantes, profesores y profesoras, parados y paradas, madres, usuarios de servicios públicos. Estamos hablando, incluso, de otras formas de huelga general que se demandan, se exploran... y más pronto que tarde, se harán visibles

La red se extiende, se reformula, se abre y se cierra.



No funcionan ya las claves del análisis organizativo clásico del estudio de los movimientos sociales. Una organización en red, una organización desorganizada, un caos creativo, por ahora, está mostrando una importante capacidad de presión que todo a punta a que tanto a nivel local como a nivel global, vaya en aumento.

¿Será suficiente en el futuro? Probablemente no. Pero dos cosas están claras. Si no son suficientes, surgirán. Y además, después de años “soñando” con lo que debía llegar y nunca llegaba, ahora, es la realidad la que ha irrumpido y nos ha hecho “soñar”, no con un futuro que no llega, sino gracias al presente que llama a nuestras puertas. Eso nos dará energías para contarlo.

En palabras de Subirats (2012: 103), *“la propuesta de otra democracia, la propuesta de una democracia de lo común (...) presente en muchos rincones y experiencias de todo el mundo, va ganando terreno y está presente en la creciente movilización social en todo el mundo. No hay duda de que seguiremos hablando de ello, y mejor aún, que seguiremos experimentando acerca de ello”*

REFORMULANDO EL COMIENZO

De acuerdo con Telleria (2012), como señalan Reichman y Fernández Buey (1994: 24) la teoría de la movilización de recursos –en la que se engarza el punto de partida del modelo que estamos analizando- se centra en el análisis de las organizaciones y no del comportamiento de los individuos. Sin embargo, como estamos viendo, en el análisis de las estructuras organizativas es necesario tener en cuenta los dos aspectos, con lo que se establecen dos perspectivas de estudio: la de las relaciones inter-organizativas y la que se centra en el papel de las relaciones personales (Diani, 1998). Para la explicación de las relaciones inter-organizativas, como hemos visto en el caso del análisis de la izquierda abertzale a ambos lados de la frontera interesan parámetros como el crecimiento y declive de las organizaciones, su estructura interna, su estructura organizativa externa y sus objetivos perseguidos y repertorios de acción (Kriesi, 1999: 224). Estos parámetros incluyen dimensiones importantes con las que caracterizar la estructura organizativa como son la dimensión temporal, los elementos internos y externos, así como el mantenimiento o no de los objetivos originarios del movimiento a lo largo del tiempo. Precisamente, según la transformación de esos objetivos (orientación clientelar/autoridades y participación directa/sin participación directa de los miembros), los movimientos pueden evolucionar hacia la comercialización, la institucionalización, la involución o la radicalización. Así, hemos visto cómo en el caso de la izquierda abertzale se ha avanzado hacia la radicalización, pero podríamos prever cómo a corto plazo, ésta va evolucionar hacia la institucionalización.

Pero, como se ha hecho claramente explícito con el análisis organizativo de los nuevos movimientos globales, especialmente en el caso de los que surgen en el actual ciclo movilizador, si queremos seguir analizando la dimensión organizacional también tenemos que mirar hacia la perspectiva culturalista, y sobre todo, al enfoque de redes de autores como Diani y McAdam (2003) porque tiene una capacidad explicativa más amplia. Diani aclara que una visión de los movimientos como network supone ver en *“las redes de los movimientos el producto de numerosas elecciones realizadas por actores movilizados en relación a los destinatarios de sus alianzas y pertenencias múltiples”* (1998: 245). Según Diani las redes son a la vez producto y precondition para la acción colectiva, lo que significa que en el estudio de los movimientos debemos, como hemos intentado con el último ejemplo, analizar por un lado, qué redes formales e informales han posibilitado una determinada estructura organizativa, y por otro, una vez iniciada la acción, qué redes o alianzas estratégicas han establecido esos movimientos para lograr el éxito de sus objetivos.

A partir de lo que hemos analizado, en consecuencia, podemos concluir, de acuerdo con Telleria (2012) que

uno de los cambios fundamentales en las formas de acción colectiva de los movimientos sociales está siendo el paso de un liderazgo más vanguardista a una articulación de redes ciudadanas que con una configuración diversa, y en muchas



ocasiones de equilibrio incierto, caracterizan mejor las oportunidades, pero también los retos o dificultades del movimiento. Hay una cuestión importante sobre las razones que han llevado al movimiento a conformar estas redes que debería resolverse en cada estudio de casos. La pregunta es si esta transformación se produce como un ejercicio voluntario e intencionado o si se trata más bien de una expresión de la debilidad de los movimientos clásicos obligados a buscar otras formas organizativas de cara a la supervivencia.

De una forma o de otra, lo que sí parece claro es que en la configuración de estas redes, que recientemente se están haciendo visibles en Europa y Norteamérica han confluído los movimientos y asociaciones locales (que en muchos casos presentaban un panorama desolador desde el punto de vista generacional y de género), movimientos juveniles organizados (generalmente entorno a la vivienda y a la ocupación), agrupaciones del llamado Tercer Sector (entidades de intervención social sin ánimo de lucro) y, cuando se han puesto en marcha procesos con metodologías participativas, ciudadanos no organizados que hasta el momento no habrían encontrado su espacio en el tejido social existente. Este conglomerado de agentes con sus aprendizajes y culturas políticas tan diversas están dando pie a algunas experiencias participativas con mayor profundidad democrática. Estas experiencias han conseguido, a través de diversas metodologías (planes comunitarios, okupaciones, plataformas sectoriales o territoriales), dar forma a estas redes en las que el aprendizaje mutuo es uno de los elementos valorados más positivamente por las personas participantes. La heterogeneidad de estas redes de acción le aporta a los movimientos locales dos elementos novedosos. Por una parte, una visión de los problemas, e incluso de las relaciones con la administración, mucho más completa; y por otra, una identidad más diversa y extensa, que aunque suponga seguramente una pérdida de agilidad y fuerza comparada con los movimientos clásicos, les otorgan una capacidad mayor de adaptarse a los contextos cambiantes actuales.